

Nicostrato Vela Esteban (1888-1936)

Por CARLOS RUIZ MARTÍNEZ



INTRODUCCION

Un amigo mío muy querido, Victoriano Crémmer Alonso, compañero del alma, compañero desde aquellas tierras, suyas y nuestras, de España, autor de *El libro de Vela Zanetti*, llega a la última página del XLIV y último capítulo de esa su estupenda obra, y la termina con esta frase típicamente castellana: «Mañana será otro día...». Quien la dice es el pintor Vela Zanetti al terminar eufórico, con Crémmer, su paseo vespertino bajo la gótica fronda de los chopos del Obispado. Igualmente pudo pronunciarla, y con la misma euforia, el autor del libro, al poner en él su punto final, como suspiro de satisfacción ante el magnífico monumento, donde, con la galanura y brillantez de su pluma, nos describe la grandeza del hombre y de su obra, dura, vigorosa y genial, forjada con sus pinceles sobre las paredes del mundo.

El libro lo ha editado lujosamente «Ibérico Europea de Ediciones, S. A.», Serrano, 44. Madrid-1. El editor, A. Rodríguez Sahagún, en brevísimo prólogo advierte a los lectores:

«Que nadie busque aquí una obra de crítica o de historia. Este es un libro distinto. El libro de Vela Zanetti, insiste, libro distinto: Como distintos son también del género, el artista y el hombre. Un artista cambiado de siglo, ambicioso de grandes empresas y grandes superficies. Fueras de toda moda y ajeno a falsas inquietudes vanguardistas. ¿Y el hombre? ¿Aislado? ¿Solitario? Queriendo, quizá, vencer la soledad con soledad, como dice el autor. Olvidando. Recordando siempre. ¿Tímido? ¿Soberbio? ¿Quién ha penetrado, verdaderamente, en el fondo de su espíritu?

»Victoriano Crémmer ha conversado largamente con él al calor de la lumbre en «La Casona» de Milagros, para presentarnos el porqué y el cómo de una actitud vital y un modo de hacer. Y Crémmer conoce a Vela desde hace mucho tiempo. Desde siempre, a través de sus «vidas paralelas». Por eso ha ido más lejos, como en los modernos reportajes. Y el resultado es este libro que hoy presentamos.» Madrid, febrero de 1974.

I. NICOSTRATO VELA

¿Tendré que decirlo? El pintor es el hijo de Nicostrato Vela Esteban. Desde el año pasado, tan pronto Miguel Cordero del Campillo, director de *Semblanzas Veterinarias* me hizo conocer su decisión de publicar este año un segundo volumen, le escribí solicitando me concediera el honor de preparar la Semblanza de mi entrañable compañero y amigo, Nicostrato Vela, quien, con Cayetano López, con Valentín Belinchón, con Miguel Castaño, con Armesto, con Félix Gordón y tantos otros leoneses, hicieron feliz mi bulliciosa juventud. Algunos de los citados, el mismo Nicostrato, son burgaleses de nacimiento, pero no por ello dejan de ser leoneses de corazón.

A todos ellos los admiré y los quise con toda mi alma; he vivido sus alegrías, sus éxitos y sus desventuras, sentimientos más que suficientes para que dentro de mi ser haya un rincón donde ellos vivirán mientras yo viva.

Mucho del fervor que puse, desde hace muchos años, porque se hicieran y se publicaran las *Semblanzas Veterinarias*; mi empeño porque fuera el entonces decano de la Facultad de Veterinaria de León, mi muy querido amigo Cordero del Campillo, quien las dirigiera, responden a esa noble pasión que por la Veterinaria llevo dentro de mí, desde mis años mozos, y el enorme interés que ahora tengo, bien nacido, en lo más íntimo de mi conciencia, por traer al segundo volumen de *Semblanzas Veterinarias* la de Nicostrato Vela Esteban, todo lo cual justifica las molestias que estoy ocasionando a tantos y tantos buenos amigos, que también lo fueron suyos, a quienes desde ya ofrezco gratitud imperecedera.

Ciertamente, debo confesar, que no he tenido la gratísima fortuna de pasar un buen rato de conversación con el pintor Vela Zanetti, aunque lo he intentado varias veces. La primera, español como él de la España peregrina, se produjo pocos meses después de mi llegada a Venezuela, en diciembre del año 1941. De cuanto pude saber por quienes estuvieron con Vela Zanetti en la República Dominicana, conservo vivas las impresiones de una narración hecha por otro Vela... el doctor Luis Vela Marín, médico español, también exiliado por las mismas Españas, viajero infatigable, simpático «mañico», extraordinariamente inteligente, íntimo amigo nuestro y, como nosotros, residenciado en Caracas, pero que tan pronto estaba en Santo Domingo, como en México, en Cuba, en Estados Unidos, en Guatemala... Un formidable ejemplar, extraordinariamente admirado y querido por todos los miembros de la España peregrina; y por toda mi familia, que recientemente lloramos su muerte en Nueva York, y a quien recordamos con cariño fraternal.

Pues sí, nos dijó, he visto a Vela Zanetti en Santo Domingo. Bueno es que sepas que allí se ha concentrado una enorme cantidad de gente nuestra. Todos comen, todos están trabajando donde pueden y como pueden; todos muy bien considerados y estimados. Vela Zanetti está preparando los bocetos para un mural que le han encargado y le he visto en su estudio trabajando como un «forzado», pasando al papel sus dibujos

a tamaño natural, que son algo formidable... Vela Zanetti tiene allá entre la gente un prestigio conquistado a pulso, porque no hay nadie, absolutamente nadie, que trabaje con el fervor, el entusiasmo y lo bien que él lo hace...

Allá fui yo también para verle y abrazarle, pero con tan mala suerte que no lo encontré; estaba por aquellos días en Puerto Rico.

De la misma época tengo recortado del periódico *El Nacional* (junio de 1949) un comentario hecho por un pintor dominicano, Darío Suro, quien había visto a Vela Zanetti, en la Iglesia de San Cristóbal, pintando a tamaño natural los bocetos para llenar la cúpula inmensa de aquella iglesia y decía haber visto *con espanto* el trabajo que allí estaba haciendo este magnífico «pintor castellano».

De este mismo Darío Suro conservo otro recorte de una revista dominicana, «La isla necesaria», que reproduzco íntegro:

«Trabajo titánico el realizado por Vela Zanetti en esta obra (digámoslo sin ambages: la obra arquitectónica de más envergadura en el terreno religioso que se ha construido en el país hasta el presente). Con la decoración de esta iglesia, Vela Zanetti nos ha sorprendido, no porque no esperáramos más de su arte, sino porque el salto ha sido tan grande, que Vela Zanetti se sitúa como uno de los primeros muralistas de América, después de Orozco, Rivera y Siqueiros, en México. Trabajando con una pasión y decencia artística para desarrollar temas que hoy precisamente están en crisis y decadencia. Ser un pintor religioso, o hacer una obra religiosa en estos tiempos, es de lo más difícil que sea dable exigir a un pintor.»

Después, ya instalado en España, he intentado visitarlo con la ayuda de nuestro entrañable amigo de los dos, Eduardo Gallego, pero unas veces por unas cosas y otras por otras, no fue posible. Este año parecía que todo se había concertado favorablemente, y el 6 de junio, precisamente, en la grata compañía de Emilia Gallego, su hermano Eduardo y su esposo Juan Talavera Boto, nos presentamos en Milagros, seguros de que allí lo íbamos a encontrar, pero también la fatalidad impidió que nos viéramos con Pepe Vela; había fallecido un tío suyo y tuvo que ausentarse de Milagros para asistir al entierro. Sin embargo, nuestra visita a «La Casona» nos deparó la inmensa alegría, y a mí la extraordinaria emoción, de saludar a María Zanetti. Fue algo admirable.

Me reconoció al momento, a pesar de que habían transcurrido nada menos que cuarenta y dos años, desde la última vez que nos vimos en León (septiembre de 1932): « ¡Madre mía de mi alma, Carlitos Ruiz en esta casa! », fue su recibimiento. Tiró el bastón y se abrazó a mi cuello, produciéndome, hasta las lágrimas, una de las más grandes emociones de mi vida...

No era aquel momento el más adecuado para abordar con María la necesaria conversación a fondo que me había propuesto sostener con su hijo. El motivo de mi visita a «La Casona» de Milagros era sencillamente pedirles a los dos, a la madre y al hijo, la autorización familiar indispensable para ocuparme en preparar la Semblanza del ser más entrañable de ellos. Tenía la convicción de que fácilmente me sería otorgada por María, buena amiga mía desde los años veinte, desde que se casó con Nicostrato. Pero tanto como la de ella me interesaba la del hijo. Quedamos en regresar a Milagros en otra oportunidad más favorable, que yo aprovecharía para recolectar una serie de datos, que son de ritual, y que nadie mejor que ellos para proporcionármelos. Pero no pudo ser en aquellos días y cuatro días después, precisamente el lunes 10 de junio, me regresé a Caracas.

María Zanetti, la esposa de Nicostrato Vela, se levanta para enseñarnos la casa, donde vive con su hijo, enclaustrada con sus recuerdos... Lenta, silenciosa pero erguida y fuerte, a pesar de sus ochenta y seis años, nos acompaña a los Gallego y a mí, cruza el patio y penetra en una de las galerías buscando la escalera... Creo que me he quedado muy atrás de todos embargado por mi emoción y aunque María ha comenzado a subir al piso de arriba, de ella hasta mí ha dejado una estela que interpreto en armonía con el pensamiento que se clavó en mi frente desde el momento que rebasé el zaguán, una estela de sufrimiento, de dolor contenido, de esposa y madre buena, que no se quiere morir—heroína—porque todavía le queda un hijo a quien cuidar, todavía le queda uno por quien llorar... Pero no, a los muertos no se les llora; se les recuerda con amor, con infinito amor, hecho de silencio.

Tiene razón, doña María... (No, por Dios, no me digas doña... No, Carlitos, no)... Bien, María... estaba recordando ahora una frase... palabra y voz de un gran poeta venezolano, que fue también para mí un gran amigo (murió en un accidente

de automóvil en México)... Andrés Eloy Blanco, quien, a la muerte de otro gran poeta, González Martínez, le despidió con un soneto, del que recuerdo este no menos profundo pensamiento:

*No hay que llorar la muerte de un viajero,
hay que llorar la muerte de un camino*

y en el caso que estaba recordando, el camino por el cual anduvo Nicostrato Vela, no ha muerto... por ese camino donde todavía se encuentran las huellas imborrables de sus pasos, rescatadas ahora por su hijo Pepe, encontramos nosotros la firmeza en el andar, de aquel veterinario, que se hizo en la Escuela de León, su fervor gremialista, su copiosa contribución en la tarea de formar una Asociación Nacional Veterinaria Española, vigorosa, en la que tantas y tantas veces nos encontramos, y la no menos excelsa y grandiosa que él empezaba a esculpir en el Matadero, cuando conquistó la plaza de director (agosto de 1925) con la no menos firme convicción de que era en los Mataderos del mundo, donde se encontraba inédita la obra más grandiosa de los veterinarios municipales como higienistas, como celosos guardianes de la salud pública, como sagaces inspectores del estado sanitario de los animales que entregan su vida para convertirse en alimento de la humanidad; la obra que ya empezaba a resplandecer con Sanz Egaña en el Matadero de Madrid, con don Luis Saiz en el de San Sebastián, con el de Armando Calvo en Oviedo, y la de tantos y tantos pioneros veterinarios «directores de Mataderos», cuya Asociación en Cuerpo Nacional patrocinaba nuestro muy querido Nicostrato... y sí él viviera, seguramente que ya se habría constituido.

Ahora... como una de esas inesperadas bendiciones con que la Providencia Divina nos ayuda, llegó a mis manos, el jueves 18 de julio, nada menos que *El libro de Vela Zanetti*, escrito por Victoriano Crémer, fruto de su cultivado talento, aderezado con la finura de su espíritu y venero inagotable de su admiración y su cariño por quien, desde su infancia, fue compañero del alma, del genial Pepe Vela Zanetti, como pintor y como hombre. ¡Y con la muy cariñosa dedicatoria del autor, para que mi dicha fuera completa! Fue un obsequio especial de mis amigos de los Laboratorios SYVA, quienes, por conocerme bien, se dieron buena prima en ejercer su gentileza y generosidad.

II. LA CASONA DE MILAGROS

Nicostrato Vela Esteban nació en «La Casona de Milagros» el año 1888. Fueron sus padres un fuerte y bien plantado labrador castellano, Zácarías Vela, y una hermosa infanzona, Clotilde Esteban, hija de molineros, nacida en San Martín de Rubiales, en la ribera del Duero.

Crémer nos cuenta en su libro cómo tejió las cosas el destino:

—En San Martín de Rubiales, en la ribera del Duero, había un molino...

—Allí llegó a curarse de dolencias del cuerpo y del alma, que a todo hacían los señores y la comarca se prestaba a redimir sobresaltos y ronqueras, un noble Cabeza de Vaca. De cómo consiguió curarse de sus quebrantos lo explica bien claramente el hecho de que se casara, no pasado mucho tiempo, con una de las hijas de los molineros llamada Estefanía, que a buen seguro que por guardar las reglas del romance, sería de generosa humanidad y de bellos ojos claros y serenos...

—Mas no le duró la felicidad al hombre tanto como hubiera deseado y sin duda previsto, porque un mal día se le acabaron los arrestos y allí dio fin. La ennoblecida molinera enterró, con el hombre, el repertorio nobiliario, que allí se acabaron las pompas y vanidades del mundo. Y, como buena y práctica infanzona de raíz campesina, conservó la heredad, echándole coraje al destino.

—A su muerte—continúa el relator de esta historia que parece cuento—distribuyó los bienes entre hermanos bien casados, esparcidos por todo el ámbito de la ribera burgalesa. A Claudia le correspondieron en el reparto las tierras de Roa del Duero; a Manuela, las de Peñaranda; a Clotilde, los pagos de Milagros, Maderuelo, Torregalindo y Pardilla.

La Clotilde, que ya estaba casada con el Zácarías, tomaron posesión de las tierras de Milagros y allá en «La Casona» criaron con ventura doce hijos, el mayor de los cuales fue Nicostrato.

Cómo era «La Casona» de Milagros, donde Nicostrato Vela vivió sus años mozos, lo describe con justa medida su hijo Pepe y así nos lo cuenta Crémer:

«La Casona» ancha, sonora como un vientre, asida por uno de sus costados a la iglesia de los

monjes bernardos, emanaba de sus piedras, de sus cales, una forma de ímpetu que se traducía en vida de carne y hueso.

«Desde la albura del amanecer hasta que la tarde comulgaba en el horizonte con un sol grande y sangriento, «La Casona» bullía, sonaba a estas mil concretas músicas del campo: el desazonado bullicio de los pájaros, el cálido relincho de las mulas de tiro, el nervioso cocear de los muletos, el balar de las ovejas impacientes, el belicoso ladrido de los perros mastines, galopando blandamente sobre el césped de la huerta. Y por encima del concertado himno, la voz, las voces de mi padre, y las de mis tíos y las de la gente del trabajo...»

Esta es la música que suena en mi pintura... recalca Vela Zanetti; cita después los nombres de las personas que allí vivieron, y reclama que el suyo, José, parecía un fraude, una traición a la hermosa relación de los nominativos de la tierra: Nicostrato, Antíoco, Constantino, Prudencia... Filadelfo el herrero; Olimpo, su hijo; Turiano, Lázano, albañiles; Gandioso, Teógenes, jardinero... y continúa diciendo:

«Mi padre hizo la carrera de Veterinaria...

—Cuando alguno de los visitantes de «La Casona», cargado de información esteticista, me hace notar el efecto decorativo de los arados romanos colgados sobre la piedra tostada de los muros del huerto, siento que se me revuelven las tripas, porque esos formidables chafarrinones de hierro y madera no están puestos para contribuir a completar un decorado teatral, sino para recordarme que esas manceras fueron empuñadas por mi padre, están pulidas por sus manos y transidas de su sudor. Constituyen mi herencia y uno de los objetivos de mi rescate. Porque quien no consigue rescatar aquello que puede reclamarle, no se salva.»

La voz del hijo de aquel padre, que «hizo la carrera de Veterinaria» y fue amigo entrañable del «Carlitos Ruiz» que pronunció María Zanetti, se hace más confidencia y más que en mi lectura rebota ahora en mi alma.

—«Toda mi andadura americana tenía un estímulo: hacerme en el silencio, en la soledad, en el sufrimiento, para el regreso a lo mío, con autoridad. Mi meta, mi destino, como si dijéramos, fue siempre una operación de rescate: necesitaba rescatar el amor varado de Esperanza (era un nombre y es todo un símbolo); rescatar las piedras tos-

tadas de Milagros; rescatar amigos, recuerdos, cosas; rescatar la tierra mía. Transformar, hasta donde me fuera permitido la herida de los años dolorosos de todos los españoles. Allí florecía un recuerdo, donde nacía un hombre, donde se anunciaría una vivencia, allí estaba yo.»

—«Tenía que estar allí, precisamente, porque allí, entre todos y con todos, estaba yo. "La Casona" de Milagros es la expresión de este ánimo mío de rescate. Los arados que gobiernan estos muros, como antes gobernaron el cauce de las semillas, pueden ser, para los superficiales, simples motivos decorativos. Para mí son el testimonio de pervivencia de aquel aguerrido campesino castellano que me trajo al mundo. Al suyo, de tan trágico ritual y al mío...»

—Todavía quedan descendientes directos por estas tierras apretadas: Allá, en Roa, *Teodosio*; mi tío *Constantino* en Milagros. Los molineros de San Martín de Rubiales, colgados del árbol genealógico de un Cabeza de Vaca, unido a la fabulosa *Estefanía*, que dieron en tierra por el afán de modernizarse, trocando el molino en fábrica de harinas... «Me nacieron en Milagros, un día de marzo, cuando la primavera apuntaba en los fustes de la arboleda y mi madre, henchida de mí, corrió a cobijarme a la paridera segura de los abuelos.»

Sí, Nicostrato Vela estudió la carrera de Veterinaria en la Escuela Superior de Veterinaria de León, pero sus años mozos los pasó en Milagros, trabajando al lado de su padre, como ahora dice su hijo, que lo lleva también dentro del alma, como un aguerrido campesino castellano. Porque el hombre es perfectible —como pensaba el buen Zacarías—, mas para ello preciso es que cumpla la ley esencial de su existencia... ¿Cómo?... Mediante el cultivo del campo, acariciando la tierra, amansando y criando los animales, formando su hogar y con él las raíces de su vida sobre el lugar donde nació.

Sin embargo, tal como me lo cuenta Miguel Sáenz de Pipaón, que fue su compañero íntimo de estudios en la Escuela de Veterinaria de León, las cosas, en principio, ocurrieron de otro modo.

III. LOS PRIMEROS ESTUDIOS DE NICOSTRATO

—Un día, cuando Nicos estaba a punto de cumplir los diez años, ya estaba para acabarse el si-

glo XIX, su padre consideró que el momento había llegado para decidir el porvenir del hijo, quien a su modo de entender tenía, a elegir, dos caminos por delante, el mejor ser labrador como él lo era y como lo fueron sus abuelos, que tierras había para trabajar, o si lo prefería, hacerse ingeniero militar...

Por lo pronto, y así no se perdería tiempo, el recio labriego castellano, con sencillez y decisión, como cosa que ya tenía bien metida en su cabeza, mandó a su hijo a Vitoria, bajo la vigilancia y cuidados de un amigo de la familia, canónigo en la venerable Catedral de Santa María, tan austera como patriarcal, montada sobre uno de los templos-fortalezas construidos por Sancho el Sabio, en 1180.

Sé, por conversación directa con Nicostrato, que él tenía los mejores recuerdos de Vitoria. La ciudad, enclavada en el centro de la comarca conocida por la «Llanada de Alava», es más castellana que vasca, y aunque los alaveses tienen a su provincia como la más pobre del Norte, la pariente pobre y desheredada, Nicostrato ponderaba la región por sus ricos viñedos que tanta fama han dado a los vinos de la Rioja.

—Vitoria—comentaba—tiene además la gloria de su nombre predestinado. Tuvo la inmensa suerte de haber visto la derrota definitiva de los ejércitos napoleónicos, huyendo en el mayor desorden a la busca de la frontera y, por otra parte, el orgullo que más enaltece el espíritu, el de estar considerada como *ciudad sabia*, que dispone de un gran Colegio, de una hermosa biblioteca, y su provincia cuenta con el mayor número de escuelas primarias.

En la correspondencia con Zacarías, el amigo Arcipreste de la Catedral vitoriana, conceptuaba a Nicostrato como «muchacho respetuoso, despierto y muy inteligente», pero, al finalizar el curso, los estudios para ingreso en la Academia Militar no le fueron propicios, y al regresar a Milagros sin el triunfo esperado el padre entendió que su hijo no valía para las letras y que su camino era seguir el de su padre y hacerse labrador.

Tengo la impresión, por mi parte, y los hechos me lo confirmaron, que Nicos no tenía mucho interés, cuando apenas tenía diez años, por ser ingeniero militar... La verdad fue que su vocación telúrica lo llevaba a ser veterinario, como lo fue de cuerpo entero, y sin proponérselo, cuando llegó la hora, llegó a ser *ingeniero de la biología*... ¡Vo-

cación telúrica! ... Leyendo ahora a su hijo, el pintor Vela Zanetti (capítulo XXXV del libro de Victoriano Crémer), en un momento de confidencia caudalosa, se pregunta a sí mismo, ¿por dónde se le mete a uno la vocación?, ¿de dónde le vienen a uno las voces?, y se contesta: La vocación se produce por contaminación con las obras maestras...

En cuanto a Nicostrato—quería yo haberle dicho a Pepe Vela—la vocación fue telúrica. Le nació en esos días en Milagros, a su regreso de Vitoria, agarrado a la mancera del arado, mientras las mulas tiran, y él empujaba para que la reja dibujara el surco sobre la tierra; fungiendo a ratos de economista, para valorar el trabajo del agricultor, el cuidado de los animales de trabajo, el salario de los obreros, la siembra, el cultivo, la cosecha... Cuando sus números le hacían ver los errores económicos del empeño cerealista, se dio cuenta que las tierras de Castilla merecían otro trato. Nicostrato fue desde muchacho un asiduo lector de periódicos y revistas, y en sus estudios de bachillerato—como más adelante veremos—fue un alumno sobresaliente en Historia de España (Curso de 1899-1900); tenía apenas doce años de edad, y se enteró lo que había sido Castilla durante el venturoso período histórico de la hegemonía musulmana, cuando la caracerística fisonómica especial de su agrología eran los bosques, de los que ya apenas si quedaba algún vestigio.

¡Triste y penosa transformación de los campos de Castilla!

Allá, entre los siglos VIII y XII (*), al amparo de sus frondosos árboles, encerraba oculta entre el follaje, junto a la aromática violeta, la energía y la vitalidad de la región; aquellos campos gloriosos que hicieron vibrar la lira a nuestros trovadores; aquellos campos exuberantes de riqueza y de vida se han trocado ahora en estos otros; calcinados por el sol, areniscos, desiertos y desnudos; su desnudez llena el alma de frío y el corazón de pena, porque lo que nos muestra, en el correr del tiempo, es un desastre, que suena al canto elegráfico de la esterilidad y la pobreza.

Cuando Nicostrato regresó de Vitoria a «La

(*) Años 711 al 1110 (si contamos el período musulmán hasta la conquista de España por los almorávides; muchísimo más largo (siete siglos) si lo consideramos desde la derrota de Don Rodrigo en Wadi Becca hasta el momento en que el conde de Tendilla tremola sobre las torres de la Alhambra los estandartes castellanos.

Casona» de Milagros, ya había leído la epístola de Jovellanos de Poncio sobre los campos de Castilla:

*De allí vi ya horizontes más abiertos
y aun también más ajenos de cohorte,
pobres, incultos, rasos y desiertos.
Hombres tristes de oscuro y sucio porte,
casas de barro, calles de inmundicia,
pueblos, en fin, sin dicha ni deporte.
Tal vez en torno de ellos la codicia,
si no la miseria, labra un poco
sin afán, sin provecho ni pericia.
De árboles no hay que hablar, éste es un coco
que asusta al propietario y al labriego,
a quien las planta le apellan loco.
Campos sin árbol, seto ni edificio,
plagados de amapola y jaramago,
yeguas, bueyes y brazos sin oficio.*

IV. NICOSTRATO, BACHILLER

Tenía razón el arcipreste de la vitoriana Catedral de Santa María, cuando en sus epístolas a su amigo Zácaras le afirmaba su contento por la conducta de su hijo, al que calificaba «despierto y muy inteligente».

Tengo a la vista las copias fotostáticas de la Certificación Académica Oficial del Instituto General y Técnico de Vitoria (Distrito Universitario de Valladolid), correspondiente al curso académico de 1910 a 1911 y la del Acta de Exámenes de Reválida en la Escuela Especial de Veterinaria de León (Curso académico de 1913 a 1914) con la certificación de estudios correspondiente.

En lo que respecta al primero de los documentos citados, demostrado queda lo siguiente:

- 1.º Que después de aprobar el examen de ingreso en el Colegio de Aranda de Duero (Burgos), el día 28 de septiembre de 1898, aprobó en dicho Instituto, en el curso 1898-1899 el primer año del bachillerato, con cuatro sobresalientes, tres notables, dos aprobados y bueno en Francés.
- 2.º Que en el mismo Instituto aprobó en el curso 1899-1900 el segundo año de bachillerato con cuatro aprobados y bueno en segundo año de Francés.
- 3.º Que igualmente aprobó el tercer año de

bachillerato con un notable y cinco aprobados en el curso 1900-1901.

- 4.^º Que el cuarto año de bachillerato lo aprobó con un notable y cinco aprobados en el curso 1901-1902, en el citado Instituto de Vitoria.
- 5.^º Que terminó los estudios del bachillerato en los exámenes ordinarios y extraordinarios del curso 1902-1903, obteniendo tres notables y catorce aprobados, y
- 6.^º Que el 18 de junio 1904 realizó los ejercicios del Grado de Bachiller, en los que fue aprobado.

Todo lo cual, como Certificación Académica Oficial, se envió con el número 60, el 26 de julio de 1911, desde Vitoria, a petición de don Nicostrato Vela Esteban, natural de Milagros, provincia de Burgos, de veintitrés años de edad, al señor director de la Escuela de Veterinaria de León.

En esta Certificación Académica Oficial, expedida por las autoridades del Instituto General y Técnico de Vitoria en julio de 1911, Nicostrato Vela tenía veintitrés años, por cuanto así se hace constar en la Certificación, lo que nos acredita que la fecha de su nacimiento, en Milagros, corresponde al año 1888 y, por otra parte, su firme decisión de trasladarse a León para estudiar la carrera de Veterinario.

V. ESTUDIANTE DE VETERINARIA

Antes de continuar la exposición que venimos haciendo me voy a tomar la libertad de expresar públicamente mi gratitud a dos colegas que me son muy queridos, que por muy grata casualidad los dos son «Miguel», a Miguel Cordero del Campillo, por la preciosa documentación fotostática que sobre Nicostrato Vela me ha enviado, y a Miguel Sáenz de Pipaón y González de San Pedro, mi amigo y compañero en el Cuerpo de Veterinaria Militar, por la valiosa información sobre Nicostrato, con quien cursó en la Escuela de León, en la misma promoción, toda la carrera de Veterinaria y, además, por la fotografía que me ha prestado y que como recuerdo se hicieron el año 1913, en León, los tres compañeros inseparables, que nuestros lectores podrán apreciar (de izquierda a derecha, Miguel Sáenz de Pipaón, Amando Bengoechea y Nicostrato Vela).

Y ahora, presentemos dos documentos fotocopiados:

Una solicitud autógrafa de Nicostrato Vela Esteban, fechada en Milagros el 31 de agosto de 1911, dirigida al ilustrísimo señor director de la Escuela de Veterinaria de León, en la que suplica se digne admitirlo como alumno de primer año a partir del próximo curso en dicha Escuela, que comenzó el primero de octubre de dicho año 1911.



De izquierda a derecha: Miguel Sáenz de Pipaón, Amando Bengoechea y Nicostrato Vela Esteban. Año 1913.

En el margen de dicha solicitud el director de la Escuela, que lo era don Juan Morros, decreta al señor secretario se sirva informar a continuación si el interesado reúne las condiciones legales a los fines que solicita. El decreto está firmado por el director con fecha 2 de septiembre de 1911. El informe del secretario dice que: «justifica en legal forma su derecho a ingresar sin examen, por ser bachiller...»

Hemos pasado un rato delicioso Miguel Sáenz de Pipaón y yo, revisando y comentando este documento y el Expediente Académico completo, así como el Acta de Exámenes de Reválida de Veterinario, a cuyo dorso figura el citado expediente de Nicostrato Vela.

Los comentarios de Miguel Sáenz de Pipaón, que convivió con Nicos en León, durante toda la

carrera, han tenido para mí un valor informativo incalculable que por mi buena estrella vine a recibir directamente y creo que este es el momento y lugar más adecuado para registrarlos.

«Nicostrato Vela aparece en la Escuela de Veterinaria de León—es Pipaón quien habla—, cuando nosotros, los estudiantes que aspirábamos a ingresar, estábamos haciendo el “examen previo”.

Aquel año—1912—era el último según el célebre Decreto del ministro de Instrucción Pública, que a la sazón lo era don Santiago Alba, por el cual se permitía ingresar en la Escuela de Veterinaria, mediante “examen previo” a todos los solicitantes que tuviesen aprobados los cuatro primeros años del Bachillerato, ya que según el Decreto, a partir del año 1913 se exigiría el Bachillerato completo y consecuentemente estar en posesión del Título de Bachiller.

“Y así nos conocimos”—dice Pipaón—. A los pocos días ya teníamos a Nicostrato instalado en la pensión con estudiantes de Veterinaria que cursan distintos años de la carrera.»

Con Nicos en primero estaban Pipaón y Juan S. Román. Por esa misteriosa ley de la atracción por afinidad de los caracteres, lo comenta Pipaón, se estableció rápidamente una mutua simpatía entre estos tres estudiantes. Todas las noches se reunían los tres para invertir unas cuantas horas en el estudio, y no tardamos en apreciar el recio carácter castellano del borgalés, tesonero, con una fuerza de voluntad envidiable y unas ansias por saber extraordinarias. Ciento que, al principio, encuentra algunas dificultades, tal, por ejemplo, en la retención de los detalles, cosa natural si se tiene en cuenta que había transcurrido mucho tiempo sin preocuparse seriamente del estudio.

En efecto, entre la fecha (1904) en que obtuvo el Grado de Bachiller, y la de su ingreso en Primer año en la Escuela de Veterinaria de León (1912), Nicostrato había pasado de los dieciséis años de edad a los veinticuatro, durante los cuales pasó esos ocho agarrado a los aperos de labranza y a cuidar el ganado de labor y de renta con todos los bríos de su poderosa voluntad y la disciplina que exigía el severo pero recto carácter castellano de su padre. Ocho años fue demasiado tiempo separado del estudio de los libros que culturizan oficialmente, pero me consta, por cuanto se lo oí personalmente a Nicostrato en alguna de las tantas veces en que nos reuníamos en aquellos deliciosos cinco años (1926-1931) que yo estuve

en Valladolid (mis últimos cinco años de teniente veterinario pasados en el 14 Regimiento de Artillería Ligera), cuando mis relaciones con Nicostrato fueron más activas y con más frecuencia nos veíamos. Durante aquellos ocho años, Nicostrato dedicó largas veladas, leyendo obras valiosísimas, entre las cuales procede destacar por su significación la *Ley Agraria*, de don Gaspar Melchor de Jovellanos, y entre otras más positivistas: *Maestro, Escuela y Patria, Tutela de Pueblos en la Historia, Enseñanza de la Agricultura*, y la más reciente (1898), *Colectivismo Agrario en España*, debidas al talento del ilustre aragonés don Joaquín Costa y Martínez. Todo eso se había leído ya nuestro buen Nicostrato antes de ir a León.

Puedo, por tanto, afirmar, que cuando Nicostrato Vela ingresó en la Escuela de Veterinaria de León, no sólo era, como afirma Miguel Sáenz de Pipaón—ya tenía veinticuatro años—un estudiante muy inteligente, dueño de una voluntad muy firme, sino un hombre mentalmente tan maduro como su cuerpo vigoroso y fornido, que bien se aprecia en la fotografía hecha en León, en 1913, con sus dos compañeros.

En aquellos sus primeros meses de estudio en la Escuela de Veterinaria de León y en aquellas aplicadas veladas en la pensión en que vivieron Pipaón, Juan S. Román y Nicostrato, lo que más le atormentaba a éste era haber perdido muchos años (rebasaba en siete su edad a la de sus compañeros de curso) y como nos decía Pipaón en las notas que en septiembre último pasado me entregó en Madrid: «tenía ya organizada la familia y sólo pensaba en licenciarse y ser veterinario cuanto antes mejor, por lo cual decidió estudiar por libre para ganar un año.

—Fue como estudiante hombre de costumbres rígidas y ordenadas; le gustaba conocer bien León, tan rica en monumentos de elevada jerarquía. Le agrada pasó un rato en el café todos los días después de comer, supeditado siempre a que fuese compatible con la asistencia a las clases en la Escuela. Era en el Café Iris, situado en la calle más céntrica de la capital, donde a esa hora se reunían los estudiantes para jugarse al dominó la consumición. En los días vísperas de fiesta le gustaba concurrir a algún teatro después de cenar, pero el estudio, día tras día, de las lecciones explicadas, era trabajo que hacían con unción religiosa.

—Pipaón nos cuenta que «a los pocos meses Ni-

costrato dejó la pensión, instalándose en un piso, donde se trajo a su esposa, María Zanetti, y formaron un hogar que todos sus compañeros apreciamos».

VI. LA MUJER DE NICOSTRATO

¿Quién era María Zanetti, casada con Nicostrato Vela, en su época de labrador?

Nos lo explica Victoriano Crémer, con su preciosa erudición.

«Viene su rama genética de lejos. Su padre, Hermilo, tenía un parador de postas, de los que hacían el recorrido, a buen trote de mulas castellanas, de Burgos a Valladolid y Aranda. ¡Qué hermoso oficio éste en tiempos ya desusados hasta por el recuerdo! No hay más que pronunciar ese apellido con toda la fuerza de expresión que da la Z y la doble tt de su ortografía, para darse cuenta que viene de Italia. Y cómo llegó a este lugar de España el bueno de Hermilo desde algún punto del norte de aquella península.»

«No hemos logrado saberlo, pero en las raíces genealógicas del lado de María, que de Italia provienen, sabemos algo muy importante, su abuelo paterno fue pintor. Y quien lo cuenta es su nieto, nuestro José Vela Zanetti, el hombre que si es verdad que se hizo de tierra para pintar al hombre en todas las tierras del mundo, en Santo Domingo, en Bogotá y en México, en Nueva York, en Togo y sobre Togo, en León y en Burgos, en La Robla, en el gran edificio de Las Naciones Unidas, en Cuernavaca y en Acapulco, en Ginebra.»

«El abuelo de María era veneciano y pintor. Cuenta de sus recuerdos el otro pintor, el nuestro, el pintor José, hijo de Nicostrato y María, que cuando se reformó el Museo de Arte Moderno allá por los años 30 al 32, llevaron a enmarcar unos dibujos de Madrazo. Y Graciano Macarrón, que, con sus hermanos, había ejercido cerca de mí una misión de tutores beneméritos durante mi permanencia en Madrid, me llamó para mostrarme un retrato que tenía un extraño parecido conmigo, y que cuando fue publicado en el periódico *A B C* indujo a muchos a pensar que se trataba de algo que me concernía. Pienso que tal vez aquel dibujo provenía del repertorio, escaso supongo, de obras de aquel bisabuelo veneciano y pintor, pa-

dre del famoso abuelo Hermilo.» Y continúa diciendo:

¡Qué hombre éste! De los que ya no quedan, porque se los han comido las vulgares avutardas, nacidas de las huevas plastificadas de la sociedad de consumo. A Hermilo Zanetti, aún se le recuerda en todo el contorno de Aranda, hasta Burgos.» Lo describe Victoriano Crémer, con el decir de su nieto y otros relatores, como un personaje de Baroja. Entró a saco—escribe Crémer—, no solamente en las normas establecidas por la costumbre, sino que inspiró un modo de vida, entre caballeresco y aventurero, que sirvió de crónica de escándalo, transmitida de generación en generación, como los romances de Gerineldo, el paje enamorado.

De las historias de Hermilo Zanetti, el padre de María, la esposa de Nicostrato, todos conocen algún dato que adquiere singular resonancia, según sea quien lo cuenta.

Oigamos a un buen vecino, quien animado por la sonrisa picaresca de la concurrencia, cuenta cómo una vez, por nadie sabe qué vientos augures o qué malas tripas, decidió no cruzar el puente sobre el Duero. Y se compró una barca, tan frágil como una corteza de árbol viejo y tan ingobernable como una yegua apeada con burro garañón. Y allá, sobre el bamboleante esquife, iba el Hermilo, esquivando turbonadas de crecidas y remolinos traidores, como Dios le daba a entender, que no era demasiado, sin duda en castigo de su cabezonería.

Hasta que en una de las arremetidas de las mentidas olas, provocadas por el deshielo y la crecida, se volteó la barca, y allá se fue el Hermilo, como un odre, dando tumbos, agua abajo, hasta que le sacaron a punta de pétiga, retenido en su malhadada aventura náutica por unos juncos nacidos entre limos.

Cuenta Victoriano Crémer, quien nos describe la pintoresca y difícil situación, la cara de satisfacción con que el pintor escuchaba, con verdadero gozo infantil y con un cierto orgullo de posesión, pues que aquel fabuloso personaje por entero le pertenecía y sus andanzas y decires corresponden al patrimonio familiar.

El abuelo Hermilo, trotamundos, vagamundos, jocundo y estrafalario, católico y sentimental, como un marqués de Bradomín de las orillas del Duero, sin que en ellas se respetara sagrado ni honra ajena, que para todos había y aun sobraba,

y muchos hombres de buena memoria, cuando vienen al caso, y aun sin venir, al decir de nuestro gran amigo Crémér, las recuerdan en Aranda.

Otra vez—nos cuenta el ilustre autor de *Historias de Chu-Ma-Chuco*—aquí, de la mujer que sirve, con señorial parsimonia, el pan y el queso de la merienda pastoril bajo los chopos, de Hermilo se enamoró como un zagal de una torera. Así, como lo cuento: Una señorita de mucha espesura y pisada fuerte, que andaba en una cuadrilla de «atoreadoras» que eran el acontecimiento de España.

No sé dónde pudo verla el Hermilo. Quizá en Burgos, por las fiestas de San Pedro, que no se las perdía por nada del mundo. El caso es que cuando se dio la fiesta taurina, anunciada en Aranda con mucho colorín y trompetería, tan sólo apareció en la plaza como espectador el Hermilo, que había adquirido todas las localidades. La descripción fenotípica del Hermilo nadie mejor la ha hecho que su nieto, el pintor Vela Zanetti.

«Le recuerdo aún: alto, magro y un tanto petulante, más valleinclanesco que quijoteril. Acudía a él, a su cita maliciosa, huyendo de la disciplina casi conventual de “La Casona” de Milagros, siempre como sumida en sombras y en rezos protocolarios, institucionalizados, convertidos en ley, en costumbre, que es a lo menos a que puede llegar la oración.»

Y continúa diciendo el nieto:

«Aranda era la capital de mis correrías. El abuelo, apenas llegaba a Aranda, que además de la capital de la Ribera, resultó adalid de los derechos de Isabel la Católica, me soltaba las riendas y mientras él se sepultaba en las frescas penumbra de las tabernas, a la búsqueda de los compañeros viejos, yo empezaba a descubrir los encantos de la libertad y el gozo de los descubrimientos. De entonces son las gentes que más resonancia han tenido en mí corazón. De aquellas apasionantes correrías por los campos arandinos me viene el peso del color, el dominio de las formas, el sentimiento de la inevitabilidad del hombre...»

Del gran Hermilo Zanetti se ocupó no hace mucho un periódico burgalés, calificándolo como tipo fabuloso y lo fue en efecto. Con sus correrías y originalidades el periódico llenó una página entera,

pero él, como es fácil suponer, se quedó más vacío que un arcón sin ratones. Sin salud, y sin dinero; pero eso sí, con mucho baile dentro, que nadie ya le podría quitar.

De su primer matrimonio con Leocricia (difícil averiguar de dónde y por qué complicada nomenclatura) nació una hija: María.

Pero caminemos con menos prisa.

María Zanetti fue educada en Saldaña, en colegio de monjas. Fue ella la que puso en el cuadro solanesco, que su padre había llenado de chafarrinones, la pincelada tenue y amable y un tanto cursilesca cual correspondía en la época al signo pedagógico de los conventos, convertidos por obra y gracia de la voluntad de las Madres, de las Soñadoras o de las Hermanas, en muy distinguidos centros de formación de auténticas señoritas, dispuestas graciosamente para «brillar en sociedad», con las luces, no por vacilantes menos estimadas, que les proporcionaran algunas referencias musicales y pictóricas. En verdad, María fue siempre una mujer extraordinariamente inteligente.

La dulce, tímida y delicada hija del Hermilo, galán por naturaleza y aventurero por devoción, cumplió a maravilla su preparación: bordaba con primor, pintaba bulliciosos floreros y sobre el teclado reproducía sin titubear los románticos compases del *Para Elisa*, de Beethoven. ¿Quién podría imaginar que aquel espíritu tan sensible y cultivado, y aquella agilísima y fina arquitectura, estuviesen destinados a sufrir sin quebrantarse los más despiadados vientos de la azarosa historia española. Pero ahí está, los soportó con heroico pecho castellano.

Destaquemos lo que de ella ha dicho su hijo, el pintor Vela Zanetti, buscando una definición: «*Mi madre simboliza toda una generación, nacida para la gracia y para el goce de las cosas sencillas; una generación de seres entre arrebatados y sentimentales, visionarios apasionados y nostálgicos de sus propios altivos pensamientos; una generación ilusionada que busca su rumbo sobre las espumas del mar, que confunde la voz de la campana, que todavía ignora que la luna es un planeta al alcance de la mano de los hombres, y a la que un mal día —de hiel, como diría Zorrilla— la despojaron de sus enramadas, dejándola desnuda y sola frente a la muerte, ¡ay de nosotros!*»

VII. NICOSTRATO, VETERINARIO

Por el Acta de Exámenes de Reválida número 3, de la Escuela Especial de Veterinaria de León, correspondiente al curso académico de 1913 a 1914, fechada en León el 16 de junio de 1914, firmada como presidente por don Ramón Coderque Navarro y como secretario por don Crisanto Sáenz de la Calzada, en la cual aparece también la firma del interesado, don Nicostrato Vela, cuya copia fotostática tengo a la vista, resulta que don Nicostrato Vela Esteban obtuvo la calificación de *Sobresaliente*, por unanimidad de votos en cada uno de los tres exámenes, escrito, oral y práctico del ejercicio de Reválida. Y como constancia de su elevada vocación telúrica por ser veterinario, firmeza de su inquebrantable voluntad y aplicación en sus estudios, en el reverso del Acta de referencia, leemos:

1. En el curso 1911-1912, mediante enseñanza oficial, obtuvo cuatro sobresalientes, con Matrícula de Honor en Física y Química.
2. En el curso 1912-1913, mediante enseñanza libre, obtuvo tres sobresalientes, uno de ellos con matrícula de Honor en Fisiología y Vivisecciones (comprensiva la Mecánica Animal) y un aprobado.
3. En el curso 1913-1914, también por enseñanza libre, obtuvo tres sobresalientes y dos notables.

El tema desarrollado en los ejercicios de Reválida, «Fenómenos químicos de la digestión. Teoría celular», fue brillantemente desarrollado con una cita sapiente sobre Cajal.

Durante sus años de estudiante, Nicostrato hizo muchas y firmes relaciones, no sólo con sus compañeros de curso, sino con sus profesores. El ambiente de León le gustaba, y fueron tantas las amistades que supo granjearse, que aún no había terminado la carrera, cuando ya acariciaba en su mente la idea de continuar viviendo en León y a ser posible integrarse a su sociedad. Mucho alentaba estos pensamientos quien dentro del profesorado de la Escuela de Veterinaria fue uno de sus mejores amigos, don Tomás Rodríguez. Fue éste quien, desde entonces, le orientó a especializarse en la inspección de carnes y servicios del matadero. Así se explica que al terminar la carrera en 1914, ingresó en los Servicios Veterinarios Muni-

ciales del Ayuntamiento de León, y el día 1.º de octubre de 1915 fue nombrado inspector jefe de dichos Servicios. Su amigo don Tomás Rodríguez, que había hecho oposiciones a Cátedra vacante en la Escuela de Veterinaria de Santiago y la ganó, se trasladó a Santiago de Compostela. Tenemos constancia de que Nicostrato ingresó por aquel entonces como profesor en la Escuela de Veterinaria de León, y así lo confirma el hecho de que la promoción que ingresó en 1912, un año después que la suya oficial, y terminó en 1916, le tuvo a él de profesor, puesto que la fotografía de Nicostrato Vela, como tal, figura en la Orla correspondiente a 1912-1916, con los otros ilustres profesores: don Juan Morros García, don Ramón Coderque Navarro, don Crisanto Sáenz de la Calzada, don Emilio Tejedor, don Gumersindo Rojas, don Félix Núñez y don Justino Velasco.

En los archivos del excelentísimo Ayuntamiento de León hay también constancia oficial de que don Nicostrato Vela Esteban fue nombrado inspector jefe de los Servicios Municipales el 1.º de octubre de 1915.

Miguel Sáenz de Pipaón me recuerda que, por aquel tiempo, Nicostrato entró a formar parte del equipo director de la Fundación Sierra-Pambley, entidad dedicada a orientación y explotación agropecuaria. Vacante la plaza de director del Matadero Municipal de León la ganó en brillantes oposiciones Nicostrato Vela, y fue nombrado para ocuparla el día 20 de agosto de 1925, cargo que desempeñó sin interrupción hasta el día 4 de diciembre de 1936 en que falleció. Tenía para ese entonces cuarenta y ocho años de edad.

Y mientras Pipaón continúa hablándome sobre las actividades de Nicostrato Vela en su ejercicio profesional, mi pensamiento vuela al otoño del año 1926, cuando las mías como veterinario militar habían sido centradas por la superioridad al 14.º Regimiento de Artillería Ligera, de guarnición en Valladolid, adonde había sido destinado y donde permanecí, hasta mi ascenso a capitán, durante cinco años. Fue al comienzo de ese período cuando conocí a Nicostrato Vela, como conocí a tantos y tantos compañeros de su estirpe, en su gran mayoría inspectores veterinarios municipales de las provincias vecinas (Santander, Burgos, Logroño, Palencia, León, Zamora, Salamanca y Valladolid), y todos, absolutamente todos, miembros fervorosos de sus respectivos Colegios provinciales y de la Asociación Nacional Veterinaria Española...

—Se nos ha hecho de noche—me dice Pipaón— y llevamos tres horas hablando de lo mismo... ¡Pero qué rato más feliz! Hablar entre nosotros de la Asociación Nacional Veterinaria Española (A.N.V.E.) que la hemos vivido, tanto él como yo, apasionadamente, es revivir nuestra vida y como no quiero perder el hilo de mi actual preocupación, la biografía de Nicostrato, tomo la orientación de nuestro diálogo, y le pregunto:

—¿Qué puedes decirme tú, de Nicostrato como director del Matadero de León? Mi pregunta se ha quedado en el aire, porque Julia, la esposa de Miguel, y Paulina, la mía, se han levantado y nos recuerdan que son las diez de la noche y que nos vamos a poner a cenar... También ellas han pasado la tarde conversando sobre lo que eran nuestras vidas hace cincuenta años. Miguel les dice: «Pues habéis tenido tela que cortar». Y las dos le contestan con un suspiro: «¡Qué tiempos aquéllos!»

VIII. EL MATADERO DE LEÓN

Cuando Nicostrato Vela se hizo cargo de la Dirección del Matadero de León (agosto de 1925) existía entre los veterinarios españoles plena conciencia de la importancia trascendental que la función de los Mataderos Municipales tenía, y tiene, no sólo desde el punto de vista sanitario, en su doble fase, perceptiva y reflexiva, sino desde el punto de vista económico y administrativo.

Las revistas y periódicos profesionales habían venido haciendo campañas muy activas sobre este tema. De cuando en cuando aparecían lecciones magistrales, que los lectores digerían muy bien. Los Ayuntamientos de las grandes capitales y de muchas ciudades importantes habían comprendido su responsabilidad, y bien aconsejados aprendieron que el Matadero Moderno exigía una dotación perfecta con el fin de poder lograr la centralización de la matanza higiénica y facilitar la inspección veterinaria como la ciencia disponía, única manera de garantizar la salubridad de las carnes que la familia humana consumía.

Al servicio de los inspectores veterinarios municipales se había publicado ya en Barcelona, por don José Farreras, en la revista *Veterinaria de España*, un *Manual del veterinario inspector de Mataderos, Mercados y Vaquerías* (1917). Este Manual, escrito en su mayor parte por don José Fa-

rreras, cuyo prestigio y experiencia durante su larga práctica en los Mataderos y Mercados de Barcelona valoraban ampliamente la obra, tuvo que ser terminado por otro veterinario altamente especializado, don Cesáreo Sanz Egaña, ante la fatalidad de que Farreras había fallecido como consecuencia de una cruel enfermedad, tan rápida como inesperada, y su obra quedó interrumpida cuando se disponía a escribir la tercera y última parte del libro.

Precisamente en marzo del año 1925 apareció la segunda edición de esta obra, ampliada y actualizada por nuestro ilustre colega Sanz Egaña, y en manos estuvo de Nicostrato Vela cuando preparaba sus oposiciones a la plaza de director del Matadero de León.

Por otra parte, Nicostrato era miembro activo de la *Juventud Veterinaria Progresiva*, nacida en Valladolid por inspiración de otro adalid de la Veterinaria, don Nicéforo Velasco Rodríguez, veterinario de la Excm. Diputación de Valladolid e inspector municipal veterinario, quien años más tarde (1932) publicó un hermoso y vibrante libro de 322 páginas, titulado *Labor Social del Veterinario*, en el que se encuentran capítulos muy instructivos sobre las actividades de aquella legión inmensa de inspectores municipales veterinarios (más de cinco mil), quienes, ya por aquel entonces, se adentraban en terrenos, todavía casi vedados, a enfrentarse contra las enfermedades infecto-contagiosas y parasitarias y lograron prevenir y curar, mediante las técnicas científicas de las inoculaciones, enfermedades que diezmaban la cabaña nacional y arruinaban a los ganaderos.

Nicostrato se había manifestado como promotor vanguardista de la tesis que imponía al veterinario inspector municipal no conformarse con dictar juicio definitivo sobre las canales de las reses sacrificadas y la calidad de las carnes inspeccionadas, sino que estaba obligado en conciencia a razonar su dictamen; no bastaba con distinguir lo sano de lo nocivo, era necesario investigar con todos los medios científicos disponibles y la experiencia adquirida, hasta explicar el peligro que implicaba para la salud pública, el descubrimiento de las causas determinantes de las lesiones y alteraciones que obligan el decomiso.

Los problemas de los Mataderos Municipales habían sido estudiados por la Asociación Nacional Veterinaria Española.

En aquel año 1925, la *Revista de Higiene y Sa-*

nidad Pecuaria (núms. 1 y 2, enero-febrero, tomo XV, págs. 1-45), publicó un brillantísimo estudio de Cesáreo Sanz Egaña, director del Matadero de Madrid, sobre *Los Servicios Comerciales en el Matadero y Mercados de Ganados de Madrid*, estudio que todavía puede ser leído con provecho en nuestros días, en el cual se describen y analizan la organización y funcionamiento de la bolsa de contratación, con sus tres oficinas; de registro y factoría general, liquidadora y de información; la municipalización de los servicios de monedonguería: compra de despojos por el propio Ayuntamiento para monopolizar higiénicamente esta industria; servicios de industrialización; normas municipales para la liquidación; transporte municipalizado de carnes a domicilio y, finalmente, como apéndice cuatro informes, el de la Dirección del Matadero, el dictamen del Negociado de Subastas, el de Asesoría Jurídica y el informe de la Comisión Especial de Abasto. No hemos de encomiar la importancia que tuvieron estos estudios y las Memorias anuales del Matadero de Madrid, que tanto influyeron en el desarrollo de los Mataderos Municipales de las capitales de provincia y otras ciudades populosas.

La Asociación Nacional Veterinaria Española fomentó en sus asambleas el estudio de los problemas que afectaban a los Mataderos y Mercados de ganado, y en ese estudio tomaban parte activa los directores de Mataderos Municipales, entre los cuales Nicostrato Vela, que año tras año iba haciendo del Matadero de León un Matadero moderno, a tal punto, que su funcionamiento fue repetidas veces alabado por las autoridades municipales de León.

En noviembre de ese mismo año 1925 se produjo una importante huelga de abastecedores de ganado y carniceros en Madrid, que repercutió principalmente sobre el Matadero antiguo donde se venían realizando los servicios de matanza de ganado vacuno y lanar con arreglo al régimen libre y en parte también al Matadero nuevo donde se hacía la matanza de terneros y porcinos y se mantenían los servicios de cámaras frigoríficas en explotación municipal. En Madrid faltaba carne y se vivía en plena dictadura del general Primo de Rivera. Los periódicos se hicieron eco y el gobernador tuvo que intervenir. En la noche del 21 de dicho mes, convocada de urgencia por éste, se reunieron en el Gobierno Civil con el gobernador, el director general de Abastos, el alcalde y el di-

rector del Matadero (nuestro colega Sanz Egaña). Hubo una gran discusión entre las autoridades y con el ánimo bien dispuesto a resolver la situación, el gobernador pidió a Sanz Egaña, cuál era, a su juicio, la medida que se debía adoptar para acabar con el conflicto, y nuestro colega respondió: «Cerrando de una vez el viejo Matadero y poniendo en ejecución en el nuevo los proyectos de municipalización de todos los servicios».

En la página 226 del número 4 del tomo XVI de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* (abril de 1926) se publicó la Memoria de los trabajos realizados en el Matadero y Mercado de Ganados de Madrid durante el ejercicio 1924-1925. Allí están los detalles de cómo quedaron organizados todos los servicios en el nuevo matadero y cómo, gracias a la competencia y decisión de un veterinario de cuerpo entero, el director don Cesáreo Sanz Egaña, quedó resuelta aquella huelga, que dejó sin carne a Madrid.

IX. LA HISTOPATOLOGIA Y EL MATADERO

Una de las mejoras más importantes introducidas por Nicostrato Vela en el funcionamiento del Matadero de León fue, sin duda, aplicar en la inspección de las canales de las reses los sistemas que desde hacía años venía preconizando el profesor Abelardo Gallego.

Cuando el Colegio Veterinario de Santander, del que en aquel entonces era presidente un veterinario de grandes quilates, Mariano Ramos, fallecido en México, decidió organizar un cursillo de Histopatología Veterinaria en la hermosa capital de la Montaña, allá en el verano de 1928, en función preliminar obligada, para hacer con fruto labor histopatológica, el cursillo dictado por el profesor Abelardo Gallego, despertó un entusiasmo extraordinario entre los veterinarios de toda aquella región, no sólo de la Cantabria, sino también de Asturias, León, Palencia y Valladolid, e incluso de Vizcaya, y constituyó un extraordinario éxito, porque nuestro maestro no limitó el cursillo a las programadas catorce lecciones y una de introducción técnica, sino que al final nos obsequió con una lección más, durante la cual proyectó en la pantalla una preciosa colección de preparaciones histopatológicas de rabia, tuberculosis, actinomicosis, muermo y una amplia serie de tumores,

sobre cada una de las cuales nos regaló una verdadera lección magistral.

Nicostrato Vela, que no pudo participar en este cursillo, nos escribió entusiasmado, tanto el profesor Gallego como a mí, felicitándonos, no sólo por la magnífica obra realizada por el maestro, llevando su cátedra a las provincias en beneficio de los inspectores veterinarios municipales, sino por haberlo publicado en la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* (tomo XIX, núms. 1-2, páginas 14-103, enero-febrero de 1929) y fue Nicostrato quien le pidió a don Félix Gordón influyera en mí para hacer un librito de bolsillo, como así se hizo, para que la labor de Gallego tuviera entre los veterinarios rurales la más amplia difusión.

Nicostrato tenía el proyecto de que, así como se había constituido un Cuerpo Nacional de Pecuarios, se constituyera otro, con carácter nacional de veterinarios inspectores de Mataderos y Mercados, idea que fue estudiada con mucho interés por la Asociación Nacional Veterinaria Española. Y fue él, desde León, quien en principio preparó un Proyecto de Asociación Nacional Veterinaria de directores e inspectores de Mataderos, proyecto que no llegó a cuajar, porque nuestra A.N.V.E. pasaba en aquel entonces por un mal momento con el gobierno del General Primo de Rivera y Orbaneja, y se estimó que debíamos mantenernos en posición expectante. En todo caso, Nicostrato Vela fue un paladín defensor de la idea de establecer dentro del Matadero un Laboratorio Histopatológico, para que pudieran estudiarse a fondo las lesiones anatopatológicas que con tanta frecuencia se presentaban en las reses que allí se sacrificaban. Este examen, nos decía, tiene una importancia trascendental, no sólo desde el punto de vista higiosanitario, sino porque permitía hacer una profunda investigación científica, que elevaría en alto grado el prestigio profesional de los veterinarios.

Este es el ambiente que se vivía al final de la década de los años veinte de nuestro siglo, por las juventudes veterinarias. Precisamente en ese año 1929 celebraron los veterinarios españoles dos actos extraordinarios, el I Congreso Veterinario Español, en Barcelona, del 5 al 15 de octubre, y seguidamente la Asamblea Veterinaria Iberoamericana, en el maravilloso Parque de María Luisa en Sevilla. Tanto en el Congreso como en la Asamblea se presentaron una serie de estupendas ponencias, entre las cuales procede destacar en cuan-

to compete a esta Semblanza la del profesor Abelardo Gallego, titulada *La Histopatología en la Inspección de Carnes y Productos* presentada en el Congreso de Barcelona, y la del doctor veterinario Juan E. Richelet, de Buenos Aires, presentada en la Asamblea Veterinaria Iberoamericana, bajo el título *Producción, Industria y Comercio de la Carne*.

Ambas fueron publicadas en la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*. La de Gallego en el número 11-12, del tomo XIX, noviembre-diciembre de 1929, páginas 835-849, y la de Richelet, en el tomo XX, números 1-2, enero-febrero de 1930, páginas 107-124.

Con respecto a la del profesor Gallego tuvo, en general, para todos nosotros y en particular para Nicostrato Vela, como director del Matadero de León, un interés extraordinario.

Precisamente en ese mismo año, 1929, apareció y adquirimos, la sexta edición de la obra *Lehrbuch der allgemeine Pathologie für Tierärzte und Studierende der Tiermedizin* sobre la cual nos hizo el profesor Gallego unos estupendos comentarios, que recuerdo, con toda seguridad, los publicamos en la revista de Gordón, aunque no puedo precisar en este momento en qué número y en qué tomo, pero sí puedo reproducirlo íntegramente en este lugar, porque he encontrado dentro del libro original de Kitt, las cuartillas de mi puño y letra sobre los comentarios de don Abelardo, que consideré valiosísimos y por eso los guardé en la obra original.

«La obra Patología general para veterinarios y estudiantes de Veterinaria—decía nuestro maestro—que acaba de publicar nuestro colega y maestro, profesor doctor T. Kitt, es, como todas las suyas, modelo de espíritu científico, pedagógico y literario. Asombra, sobre todo, la maravillosa adaptación de un hombre de su edad (ya jubilado) al progreso científico de la época actual. En un país que cuenta con hombres como T. Kitt, Fröhner, etc., la jubilación por edad es algo absurdo. De tales hombres siempre tendrán que aprender nuestros profesores más modernos.

»Como en las demás ediciones, el profesor Kitt, eterno romántico, dedica la obra *a su querida esposa*.

»Entra en materia siguiendo el concepto clásico de la Patología General alemana, completamente distinto de la francesa y española. Para los alemanes, como es sabido, la Patología General es,

ante todo, la rama de la Patología que estudia los procesos morbosos comunes, generales, tales como los trastornos circulatorios locales, perturbaciones del metabolismo y sus consecuencias inmediatas, alteraciones del crecimiento, inflamaciones y tumores, comprendiendo así cuanto en Francia y en España abarca la Anatomía Patológica general. En cambio, los problemas relativos a las causas morbosas (exposición y disposición) y a los trastornos funcionales de cada uno de los aparatos orgánicos son abordados, por los autores alemanes, con menos profundidad, al contrario de lo que hacen los franceses y españoles, para quienes la Patología general comprende esencialmente la Etiología y la Fisiología patológica. Hacemos estas aclaraciones para que los veterinarios españoles que adquieran la obra de *Allgemeine Pathologie*, del profesor T. Kitt, no se consideren defraudados al encontrar en ella, preferentemente, un libro de Anatomía Patológica general.

»El autor comienza por estudiar el concepto de enfermedad, haciendo una breve historia de la Patología; analiza en seguida cuanto se refiere a las causas patógenas internas (disposición) y otros factores individuales; estudia las causas patógenas externas (exposición) escribiendo capítulos admirables sobre avitaminosis, acción patógena del calor, electricidad, rayos X, agentes mecánicos, químicos e infecciosos y dando a conocer, en relación con estos últimos, las ideas más modernas sobre anafilaxia e inmunidad, haciendo hincapié en el papel que en tales reacciones desempeña el sistema retículo endotelial. Termina esta que pudiéramos llamar primera parte de su libro con el análisis de los conceptos de síntoma, diagnóstico, pronóstico y tratamiento.

»Penetrando ya en la entraña de la obra, estudia el autor, como introducción a la Anatomía y Patología general, la muerte general y local (necrosis). Dedica un capítulo a los trastornos circulatorios (hiperemia, anemia, hemorragia, hidropesía, trombosis y émbolo). Describe, aunque someramente, las anemias y las leucemias, haciendo notar los progresos realizados en el estudio de ambos procesos.

»Seguidamente hace el estudio de las perturbaciones del metabolismo (atrofia, tumefacción turbia, metamorfosis grasa, degeneración hialina, coloide, mucosa, glucógena, córnea, amiloide, pigmentaciones, infiltraciones caliza, urática y gramífrica). En el capítulo dedicado a trastornos del creci-

miento analiza la hipertrofia e hiperplasia, regeneración, trasplantación y parabiosis. Sigue el estudio de la inflamación en general y el de las inflamaciones nodulares (tuberculosis, muermo, actinomicosis y botriomicosis). Termina el estudio de las lesiones generales con un extenso capítulo sobre tumores, llamando la atención sobre las analogías y diferencias entre los tumores del hombre y de los animales en relación, sobre todo, con la frecuencia y sitio de predilección.

»La última parte del libro del profesor T. Kitt, a nuestro entender la tratada más someramente (esto no debe extrañar, ya que en Alemania la Fisiología patológica constituye una disciplina aparte de la Patología general), se refiere a los trastornos funcionales de los aparatos locomotor, nervioso y órganos de los sentidos, digestivo, respiratorio, urinario, genital masculino, terminando con el análisis de las perturbaciones del sistema endocrinoparatiroides (suprarrenal, tiroides y paratiroides, timo, hipófisis y epífisis).

»*Este libro admirable del profesor T. Kitt debe ser leído por los veterinarios de todos los países y singularmente por los españoles, ya que tienen ideas poco precisas de los problemas concernientes a la Anatomía Patológica general, y sin los cuales no puede abordarse el estudio de la Anatomía Patológica especial veterinaria, base de la inspección de carne.* Gallego.» (El subrayado es nuestro.)

Que nuestros lectores perdonen esta digresión en la que con plena conciencia incurro, porque la Semblanza de Nicostrato Vela, tal como yo la siento, tiene que ser paradigma de su obra truncada, cuando ya comenzaba a rendir los mejores frutos y prometía, por su rectitud, competencia y honestidad, ser creadora de una Veterinaria vigorosa y productiva a fuerza de talento y perseverancia en beneficio de la humanidad; con los más sólidos cimientos científicos que el estudio y la investigación proporciona, si con fe iluminada se hacia del matadero un monumento donde todos y cada uno de los casos de esa patología inaparente que, durante años y años se ha desperdiciado, comenzaban a ser examinados histológicamente y eran sometidos a minuciosa investigación.

La ponencia de nuestro maestro el profesor Abelardo Gallego, presentada en Barcelona al I Congreso Nacional Veterinario, cuyo título hemos sintetizado nosotros al dar a este capítulo el nombre de «Histopatología y Matadero», debiera ser

incluida en esta Semblanza en su completa integridad, como merecido y justo homenaje, no sólo al maestro sino al hombre que fue Abelardo Gallego y al hombre que fue su discípulo Nicostrato Vela. En la imposibilidad de hacerlo en su total extensión, porque hace catorce páginas impresas en el tamaño 20 × 15 de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*, no resisto la tentación que me impone el respeto a esos dos nombres gloriosos de la Veterinaria española y cumple con mi deber de conciencia, reduciendo a un tercio de la original extensión de esa magistral ponencia del profesor Gallego, todavía vigente desde el más alto valor científico, de su talento como veterinario y como catedrático de aquella Escuela que honró con su conducta, y que ahora a los cuarenta y cinco años de su definitiva ausencia, continúa iluminando nuestra esperanza al servicio de la humanidad. He aquí los párrafos fundamentales de esa ponencia:

«La inspección de carnes en su más amplio sentido comprende el examen de los animales de abasto, primero en vivo y después del sacrificio y, asimismo, el de las carnes conservadas, con el fin de determinar su utilidad o nocividad para la alimentación humana. El inspector de carnes ha de realizar el reconocimiento del animal antes del sacrificio (examen clínico), después de sacrificado (examen anatómico), y cuando esto no es suficiente, terminar por la inspección en el laboratorio (examen histológico, bacteriológico o químico).

»No es, pues, fácil encontrar un veterinario que reúna todos los conocimientos indispensables para desempeñar la importante misión encomendada al inspector de carnes, ya que ha de ser clínico, anatopatólogo, histopatólogo, bacteriólogo y químico. Es más, en nuestra opinión, el inspector de carnes ha de capacitarse para recibir con agrado y contribuir con entusiasmo a todo progreso relacionado con las disciplinas científicas a que se dedica. Para tales fines y, sobre todo, tratándose de grandes mataderos, se necesita un grupo de veterinarios especializados en cada una de las ramas de la ciencia que quedan señaladas.

»Como entre nosotros no se ha llegado todavía a la especialización deseada, la inspección de carnes se reduce, en la mayoría de los casos, al examen en vivo y después del sacrificio de los animales del matadero. El examen histopatológico, bacteriológico y químico está en el más completo abandono. Y así no se puede ni se debe seguir.

»No podrá negarse, claro está, la necesidad del examen en vivo de los animales de abasto, ya que por él es posible descubrir y desechar los que padecen enfermedades infecto-contagiosas, proteger contra probables contaminaciones a las personas que han de manejar dichos animales y sus productos, hacer sospechar el peligro de envenenamientos por las carnes y, en fin, facilitar la inspección después del sacrificio. Pero convengamos en que el examen en vivo, unas veces por falta de tiempo, otras por dificultades de toda índole para realizar una exploración clínica detenida y, no pocas, por falta de preparación científica, el reconocimiento no se realiza, o es como si no se realizara.

»No puede decirse lo mismo del examen del animal sacrificado. Ni la falta de tiempo, ni la ignorancia de los métodos de exploración anatopatológica, justifican que dicho reconocimiento deje de verificarse. No hay más disculpa posible que la carencia de preparación científica, el desconocimiento de la anatomía patológica. Es que los veterinarios, si han intentado aprender anatomía patológica, no se les ha ocurrido otra cosa que estudiar esta disciplina en libros de anatomía patológica general, o, cuando más, en obras de anatomía patológica humana. Y no se nos diga que la anatomía patológica puede ser estudiada en libros de patología médica o quirúrgica veterinaria y menos aún en los de inspección de carnes. Los autores de tales obras han supuesto, al escribirlos, que quienes las consulten conocen ya de antemano la anatomía patológica veterinaria y, por esto, cuando más, hacen un resumen de las lesiones anatómicas correspondientes a los procesos morbosos más importantes.

»Compárese, por ejemplo, la extensión con que son tratadas las cuestiones de anatomía patológica en las obras de patología médica veterinaria de Fröhner y Zwick y en la de Hutyra y Marek, como asimismo en la inspección de carnes de Ostertag, con la que se les da a los libros de anatomía patológica de Kitt, Joest y Lund y se llegará a la conclusión de que, para saber anatomía patológica veterinaria, hay que estudiarlas en estas tres últimas obras alemanas. ¡¡¡Hay que estudiar alemán!!!

»El inspector de carnes, digno de este nombre, ha de ser anatopatólogo. Es, precisamente, en relación con la inspección de carnes, donde la anatomía patológica veterinaria tiene más aplicación, infinitamente más que en relación con la clí-

nica. Es en esto, precisamente, en lo que difiere esencialmente la anatomía patología veterinaria de la humana. Y si al médico le está, en cierto modo, permitido no ser anatomicopatólogo, no ocurre así al veterinario, ya que el médico, en general, apenas tiene ocasión de actuar como anatomicopatólogo, mientras que el veterinario, como inspector de carnes, ha de hacerlo todos los días. Pero si el médico anatomicopatólogo ha de formarse en la sala de autopsias, el anatomicopatólogo veterinario ha de hacerse en el matadero, con la ventaja para el último de poder estudiar mayor número de lesiones en menos tiempo y en mejores condiciones para la observación, puesto que no aparecen enmascaradas por las alteraciones cadavéricas, ya que, en la inmensa mayoría de los casos, se trata de animales recientemente sacrificados y no muertos espontáneamente.

»Ahora bien, si al médico anatomicopatólogo no le basta, en muchas ocasiones, el examen macroscópico para llegar al diagnóstico preciso de una lesión, y se ve precisado a recurrir al examen histológico, otro tanto ha de ocurrir al anatomicopatólogo veterinario. Y es que la histopatología es el complemento obligado de la anatomía patológica, como la histología lo es de la anatomía. El examen anatómico de los animales de abasto es la base obligada de toda inspección de carnes verdaderamente científica, y cuando éste no es suficiente ha de ir seguido del examen histológico y más rara vez del bacteriológico o del químico.

»De cuanto antecede se deduce, sin el menor esfuerzo, la importancia de la histopatología en la inspección de carnes. Sin embargo, como es creencia muy extendida la de que basta y sobra el examen anatómico para realizar a perfección el reconocimiento de los animales sacrificados en el matadero y proceden, en consecuencia, a la inutilización parcial o total, o a permitir su consumo, vamos a demostrar, con hechos incontrovertibles, la necesidad de recurrir al examen histopatológico para identificar gran número de lesiones de los animales de abasto, sin el cual no puede, en manera alguna, establecerse un diagnóstico preciso.

»Para no ser pesados, nos limitaremos a señalar las lesiones sólo diagnosticables por procedimientos histológicos, circunscribiéndonos a nombrar las más importantes o a lo sumo a dar de ellas una sumaria descripción.» (Muy extractado del original, C. R. M.)

Principales lesiones de los animales de abasto que exigen un examen histológico

»Si el reconocimiento en vivo (examen clínico), y después del sacrificio (examen anatómico), precisan un método, el examen histopatológico no puede ser ejecutado sin una técnica adecuada que describiremos a grandes rasgos por entender que no cabe descender a detalles en un trabajo de esta índole.

»*Técnica.*—En la época actual no se puede arañar que el análisis histológico no puede realizarse en los mataderos porque exige una técnica complicada y roba mucho tiempo.

»En el mayor número de los casos un diagnóstico puede hacerse en un plazo breve, en quince o veinte minutos, incluyendo, claro está, el tiempo de fijación de cortes microtómicos, coloración, deshidratación y montaje de preparaciones.

»La fijación, es decir, la muerte rápida de los elementos anatómicos, sin alterar, o alterando lo menos posible la estructura y relaciones de las células, se realiza casi siempre colocando fragmentos de órganos de un espesor no superior a medio centímetro (la anchura no importa) en una solución de formol al 10 por 100 (Valz y Mayer recomiendan el empleo de la solución al 50 por 100), calentando a 80° o hasta la ebullición (Valz y Mayer aconsejan que se haga hervir tres veces) y dejando enfriar lentamente. Este procedimiento de fijación no es, indudablemente, perfecto (altera algo las estructuras); preferible es, si el caso no es muy urgente, hacer la fijación en la estufa a 45-55° durante cuatro o cinco horas.

»Hecha la fijación, basta lavar la pieza rápidamente a chorro o en un gran recipiente lleno de agua y proceder a obtener cortes microtómicos utilizando al efecto el microtomo de congelación (las inclusiones en parafina o celoidina son excepcionalmente necesarias; las en gelatina son imprescindibles para el análisis histológico de los embutidos).

»Para la coloración de los cortes de piezas fijadas en formol y obtenidos por congelación, nada de procedimientos complicados. Bastan en todos los casos los métodos de Río Hortega (a base del carbonato argéntico y el formol) y los nuestros de la fuchina de Ziehl y el formol, con o sin coloraciones complementarias, o, en fin, el método de la hematoxilina eosina, que permiten lograr perfectas coloraciones en cinco minutos. Resta ya so-

lamente deshidratar en alcohol, aclarar en xilol fenicado o en xilol-fenol-creosota y montar en bálsamo del Canadá o en resina Dammar, operaciones que se ejecutan en menos tiempo del que se tarda en describirlas.

»No es lo difícil hacer una preparación histológica, lo difícil es leerla correctamente. Y si hay reglas precisas para lograr buenas preparaciones histológicas, no las hay para leer dichas preparaciones. Sólo consultando buenas obras de histopatología y viendo muchas preparaciones, se está en condiciones de establecer un diagnóstico histológico.

»Permitásemos ahora enumerar o, cuando más, describir rápidamente, las principales lesiones de los diferentes aparatos en que se hace indispensable el diagnóstico histológico.»

Véase en el original lo que de él extractamos a continuación:

— *Aparato digestivo: en la lengua* (la llamada lengua de madera actinomicótica, la lengua de madera sarcosporídica y la lengua de madera fibromatosa).

En el hígado (la linfadenosis leucémica o aleucémica). Entre las formas de necrosis hepática (la necrosis bacilar, carbuncosa, del mal rojo, del cólera aviar, del bacilo piógeno), la necrosis nodular submiliar, ocasionada por los bacilos del grupo enteritis de Gärtnér, frecuente en la ternera y cuyo estudio histológico ha sido hecho admirablemente por Joest; la hepatitis purulenta nodular múltiple; la hepatitis intersticial parasitaria múltiple.

— *Aparato respiratorio*: principalmente en el pulmón, pero algunas como la peripneumonía de los bóvidos, la pneumonía infecciosa de la oveja, ternera y cabra, la penumonía de la septicemia hemorrágica del buey y del cerdo, tienen escaso interés desde el punto de vista de la higiene pública, ya que está comprobada la inocuidad de las carnes de los animales afectados, en tanto no concurren infecciones secundarias seguidas de septicemia o de piemia en cuyo caso se impone el decomiso parcial y a veces total. Desde el punto de vista de la inspección de carnes son más importantes la tuberculosis, la actinomicosis y el muermo.

En la pleura, los neuromas de los nervios intercostales, la tuberculosis perlada

— *Aparato urinario*: Son pocas las alteraciones cuyo diagnóstico exija el análisis histológico.

En el riñón, la nefritis fibroplástica (Kitt), la nefritis focal fibroplástica (Nieberle). Pueden existir también lesiones tuberculosas, que a veces exigen diagnóstico histológico, y tumorales que sólo por éste pueden ser diagnosticadas.

— *Aparato circulatorio*: Debe recaer especial atención sobre las alteraciones de los ganglios linfáticos, entre los cuales la metamorfosis grasosa (Nieberle); la llamada proliferación de los ganglios linfáticos (Claussen) en los preescapulares, ilíacos e inguinales; las linfadenitis que aparecen en circunstancias muy variables, principalmente en las septicemias (carbunco, mal rojo, septicemia hemorrágica de los bovinos, peste porcina, papera, pseudotuberculosis y muermo). Las formas de tuberculosis ganglionar atípica: Tuberculosis del cerdo sin alteraciones regresivas; Infiltración tuberculosa con caseificación radiada; y tuberculosis miliar diseminada con caseificación y confluencia (Nieberle). La actinomicosis. El muermo ganglionar.

— *Aparato nervioso*: Debemos citar la llamada encefalomielitis no purulenta linfocitaria (rabia, enfermedad de Borna, peste aviar, parálisis espinal infantil, encefalitis letárgica del hombre, moquillo del perro, coriza gangrenosa de los bovinos).

— *Aparato genital*: Tanto del macho como de la hembra, debe ser examinado detenidamente. Pueden dar excelente información sobre la esterilidad en la vaca.

— *Aparato locomotor*: La degeneración hialina o cérea de los músculos aparece en la hemoglobinuria paroxística, glosopeda maligna, paresia puerperal y fiebre petequial. La miodisgénesis (carnes blancas) frecuente en las terneras. La degeneración hialina. La atrofia y pseudoatrofia lipomatosa. La necrosis isquémica, en las vacas, después de partos laboriosos. El granuloma de Roeckel (blastomicoma).

En general, los tumores en diversos órganos de los animales de abasto exigen examen histológico. Si son benignos sólo exigen decomiso parcial y si malignos, con múltiples metástasis, decomiso total.

El Matadero, Centro de Investigación de Anatomía Patológica e Histopatología

»El veterinario o, por mejor decir, el grupo de veterinarios, integrado por el clínico, anatopatólogo, el histopatólogo, el bacteriólogo y el quí-

mico, que han de realizar la inspección de carnes, no debe limitarse al examen en vivo y en canal de los animales de abasto, como asimismo de las carnes conservadas, seguido en ciertos casos del análisis histopatológico, bacteriológico y químico, sino que, como dijimos al principio, debe capacitarse para la investigación.

»No hay que asustarse ante esta palabra. La investigación no ofrece las dificultades que suponen los no iniciados. No hay que echar en olvido que, como ha dicho Cajal, "no hay cuestiones agotadas, sino hombres agotados en las cuestiones". Cualquier hecho clínico, anatomopatológico, histopatológico, bacteriológico o químico, cuando se estudia con ahínco, puede ser el punto de partida de un descubrimiento.

»Y ciñéndonos a nuestro objeto, a la histopatología en inspección de carnes, entendemos que es de nuestro deber consignar que el histopatólogo en el matadero no ha de limitarse a estudiar solamente las lesiones que exigen un diagnóstico histológico, sino que debe, además, interesarse por el estudio de otras lesiones, cuyo cuadro anatómico es perfectamente conocido, ya que probablemente, encierran secretos estructurales que sólo al histopatólogo le está reservado conocer. Recorremos a este propósito algunos ejemplos, entre los muchos que pudiéramos señalar. La imagen anatómica de la perineumonía bovina había sido establecida hace muchos años y no podía sospecharse siquiera la posibilidad de confundirla con otros procesos inflamatorios del pulmón, hasta que Nieberle, bajo la dirección de Joest, encontró en ella lesiones histopatológicas características (los focos de regeneración perivasculares y marginales). En la llamada tuberculosis ganglionar latente, es decir, la infección de los ganglios por el bacilo de Koch, sin lesión en los mismos, admitida como hecho incontrovertible por los anatopatólogos de más renombre, han sido halladas lesiones histológicas características, gracias a los trabajos de los histopatólogos contemporáneos (Joest, Liebrech, Nieberle). La neumonía infecciosa del caballo, que por su imagen clínica y anatómica se había considerado análoga a la neumonía genuina humana, creyendo que ambas diferían de la bronconeumonía, mediante detenidas investigaciones anatómo e histopatológicas en sus diferentes fases, ha podido demostrarse que se inicia siempre por un proceso bronconeumónico en el caba-

llo y probablemente en el hombre, como ya hizo observar Ribbert.

»En fin, para no molestar con más ejemplos, la confusión de los nódulos muermosos con muy distintas lesiones del mismo tipo anatómico y especialmente con los nódulos del *Sclerostomum bidentatus*, no es hoy ya posible, puesto que se ha demostrado que en el muermo hay una lesión típica, característica (la cariorresis central), etc.

»Por estas razones, creemos firmemente que el matadero puede y debe ser un centro de investigación, al que concurren preferentemente veterinarios y médicos, que en todo momento deben colaborar en los estudios de Medicina comparada y especialmente en los de anatomía patológica e histopatología. En todo matadero en que se sacrificuen gran número de animales debía haber un laboratorio de Anatomía Patológica, donde se estudiaran las lesiones macroscópicas y se preparasen las piezas anatómicas para el museo y, anejo a él, otro de Histopatología, en el que se confirmase el diagnóstico anatómico, se hiciese el diagnóstico histológico, si el primero no había sido posible, y, en fin, se realizase intensa y extensa labor de investigación.

»Más aún; en las poblaciones en que existe Escuela de Veterinaria, la cátedra de inspección de carnes, y, por consiguiente, la de anatomía patológica e histopatología, debían darse en el matadero. Da pena y provoca indignación, que a diario se lleven al quemadero toneladas de órganos decomisados por presentar lesiones, las más variadas, mientras que en las cátedras de Anatomía Patológica e Histopatología veterinarias, haya que pedir productos de operaciones o de autopsias a los médicos, para dar una enseñanza verdaderamente rudimentaria, o fundamentalmente teórica. Sustraer a la investigación tan precioso material patológico constituye un delito de lesa ciencia, que si no está penado por el Código, debe merecer una sanción moral de los veterinarios amantes del progreso. Para quienes sospechen siquiera que al hacer estas manifestaciones nos guían intereses bastardos, nuestro más profundo desprecio.»

X. LA FAMILIA VETERINARIA

Desde que tuve uso de razón veterinaria vengo oyendo decir que los veterinarios constituyen una gran familia y, en efecto, así es. Esparcidos por

toda la amplia geografía que es la piel de toro del mapa de España, se encuentran, «uno en cada partido» más de 5.000 veterinarios y cada veterinario constituye una familia, pero todas unidas en aquella inolvidable Asociación Nacional Veterinaria Española integran una sola. La gran familia veterinaria. ¡Pero, si la ANVE ya no existe! —me dirán los jóvenes lectores—. La ingenua observación me conmueve y me hace afablemente sonreír. Cómo no va a existir si en España continúan viviendo, aunque no muy satisfechos, cinco mil inspectores veterinarios municipales.

Valdría la pena hacer una Semblanza sobre el innombrado inspector veterinario municipal. Nicostrato lo fue. Fue también un activo gremialista.

Mis jóvenes lectores deben informarse bien. A mí me gustaría contar en este punto cómo se creó, cómo nació y cómo comenzó a funcionar, primero la Unión Nacional Veterinaria en España... No hace mucho... ¿Qué son TREINTA Y SEIS AÑOS en la Historia?... en el mes de diciembre del año 1939, me contaba una noche en su casa en París el profesor Emmanuel Leclainche cómo recordaba él la ponencia del padre de la Unión Nacional Veterinaria Española, leída por él mismo en la IV Asamblea Nacional Veterinaria celebrada en Valladolid en septiembre de 1913, y me regaló, y aún lo conservo, el número de la revista francesa que él dirigía, donde viene con perfecta claridad cómo nació la U.N.V.E.

Contarlo nos daría caudalosa ilustración, pero nos llevaría demasiado lejos, razón por la cual considero preferible tomar como ejemplo una familia determinada. Esa familia bien puede ser la de mi biografiado, la familia de Nicostrato Vela.

A ella, a sus raíces, nos hemos referido en páginas anteriores, ampliamente. La familia no es una institución salvaje, como alguna vez se ha dicho y prefiero silenciar el nombre del autor de tan cruel apotegma. Estamos convencidos, que lo que nosotros venimos patrocinando son semblanzas del individuo y no de la familia a la cual pertenezca, o de la cual sea cabeza responsable. Estamos de acuerdo, pero al primer libro de *Semblanzas Veterinarias* se ha comentado en España que es un libro de historia, y la historia no se refiere solamente a los individuos, sino a las sociedades, a las poblaciones enteras.

El cronista de esta Semblanza es un lector empedernido y se ha leído toda la colección de esa revista española que tiene por título *Historia y*

Vida. También ha leído una buena colección de libros muy amenos, entre los cuales ocupa un lugar privilegiado en mi biblioteca *Las Historias de Chu-Ma-Chuco*. Más aún, y no os asustéis por ello... Yo conocí a Vitelio Alvarez... Aquel hombre sí que decía verdades como puños: «La vida es así, y quien nació para ochavo nunca llegará a cuarto, por más efecto que le dé a la moneda». En aquella ocasión... año 1936... se abrió en España el capítulo pavoroso de una guerra civil... La Guerra Española... millones de familias españolas temblaron y sufrieron mucho... Nadie podía creerlo. Por las veredas más difíciles e intrincadas, los hombres como conejos se agazapaban, se mantenían en acecho; otros se mataban... La mayor parte dé aquellas gentes, en todas y cada uno de las provincias de España, tenían miedo, pasaron hambre y penalidades sin cuento. La comunidad se había convertido en rebaño asustado.

Han pasado los días, muchos días, años enteros..., pero quienes vivieron aquel año, precisamente, el año 1936, y aun viven, estoy seguro que no lo han olvidado. Hay una frase, me dice Vitelio Alvarez, y se lo creo, que es toda una sentencia, porque el miedo crea el espanto y tras el espanto sobreviene el pánico... La frase es ésta: «El espanto es más inmortal que el hombre». Insisto, yo lo creo, porque el espanto es capaz de matar al hombre... y el espanto pervive en los que no mueren.

Y aquello, que, no hace mucho, en 1970, contaba de los caballos y de los instintos. Pero él lo dijo también ¡Qué bien hablaba Vitelio! «el ser humano, digan lo que quieran quienes acostumbran jinetear sobre su lomo, no es un caballo, y si en muy calificadas circunstancias lo parece y hasta se comporta como tal, sometiendo su andadura a la presión de las riendas, nunca acaba de ser lo suficientemente dócil como para poder fiarse de su cordura y entendimiento. Cuando menos se piensa, le acomete el ansia del galope y no existe bocado que le sujeté, ni voz a la que obedezca... Claro es que al final de la carrera, con el belfo espumeante y agitados los ijares, temblorosos, el caballo acaba deteniéndose súbitamente, como asombrado de su temeridad, contemplando con sus grandes ojos desorbitados el cruce de caminos que se le ofrece delante, sin saber por cuál de ellos decidirse. ¡Lo mismo que el hombre! Aunque de manera bien distinta; porque en el hom-

bre que no tenga espíritu de caballo lo que predomina, según Vitelio, es el sentido fatalista. ¡Fatalidad e impulsos! ¿No está hecha de esos elementos la urdimbre natural del ser humano?

Pues eso fue lo que ocurrió en ese año 1936. ¡La Guerra! Cuando tan metidos en harina estábamos casi todos, si no todos los veterinarios defendiendo la Dirección General de Ganadería e Industrias Pecuarias, empecinados también, desde hacía unos pocos años, por sacarla con nuestros impulsos de la fatalidad en que la enzanjonaban las malas querencias.

Ahora, ¡treinta y ocho años después!, continúo buscando afanoso al hijo de Nicostrato, a José Vela Zanetti, porque el pálpito de éste lo he sentido yo muy cerca de mi corazón cuando allá, por los años cuarenta, él en Santo Domingo y yo en Caracas, empuñábamos los mismos esfuerzos ante el cruce de caminos, oteando cuál sería el verdadero para llegar al final de nuestro destino.

A mí también me habían dicho, los que lo vieron, que andaba por Madrid, donde le sorprendió el conflicto. Pero yo sabía muy bien que estaba en Santo Domingo haciendo murales formidables al «benemérito». Sabía también lo que ya he contado. Su padre, mi muy querido compañero, director del Matadero de León, besó la muerte sin cerrar los ojos, porque así lo impuso su destino. Como lo que siempre fue, como un caballero castellano de nunca desmentida estirpe.

Durante muchos años he buscado afanosamente el legado que Nicostrato nos dejó a sus amigos —y somos muchos todavía los que quedamos—, en forma de genio de la pintura, que ha sorprendido al mundo con sus murales, muchos de los cuales personalmente he contemplado, poniéndome ante ellos con unción religiosa, y se me colaron dentro, porque dentro de mí llevo al colega que fue su padre, para que él también los viera.

La expresión del espíritu se ha hecho tangible gracias a Victoriano Crémer: porque lo que parecía misterio jamás lo fue. El pintor a quien correspondió «morir en Madrid»—como también yo—tenía una estrella que le guiaba por buen camino, para que pudiera cumplir la misión sagrada de redimir la familia a que antes aludí. El camino que se suponía el más corto y sin duda el más seguro, el de la fraterna frontera portuguesa entonces solitaria, hoy erizada y áspera, le abrió una rendija, a tamaño de hombre, por la que asomarse pudo al mar abierto, detrás de cuyos lomos

apacentaban rebaños, pueblos menos encrespados, menos conflictivos que aquellos que quedaron atrás, tan trágicamente resonantes en su corazón y en el mío.

¡Qué maravillosamente bien lo presiente y lo describe la no menos maravillosa imaginación de Vitelio Alvarez!

En el caso personal de quien escribe esta Semblanza, el camino decidido, con tener la misma envergadura, de Marsella a La Guaira, en Venezuela, la horrorosa segunda Guerra Mundial lo hizo más largo en función del tiempo. Un año justamente; desde el 10 de diciembre de 1940, hasta el 10 de diciembre de 1941.

Sobre esa estupenda fotografía en que un gentío, entre el cual yo me encontraba, contemplando el mural de Plaza Janés, en la misma página 160 del *Libro de Vela Zanetti*, está la información que describe cómo el pintor de ese mural pudo liberarse, como tantos miles de españoles que integraron la unidad pasional de la aventura total del pueblo, asustados, arrastrados, sentenciados por el inexorable tribunal de la íntima conciencia, aunque pura, limpia y sana, se somete a la hermosa, por triste que aparezca, situación de vencidos, como en el último clarinazo y el postre redoble, desnudos como los hijos de la mar y se arrojaron de todo corazón hacia un futuro imprevisible, hacia un nuevo episodio, que bien lo recordamos quienes lo hemos vivido, incluso más perverso, más cruel, más inhumano que aquel del cual huían, sangrando como leones. Y si no fue aquélla, la fraterna frontera lusitana la elegida, sino la otra, la ruta ibérica por la que desfilaron tantos caballeros españoles, conseguiría enrolarse como otros lo lograron en alguna de aquellas naves homéricas dedicadas a recoger cadáveres vivos de españoles, para descargarlos como fardos en las costas francesas... o si no pasó por aquel infierno de los campos senegaleses y logró navegar urgiendo espuma y quemando etapas, hasta caer en las tierras generosas liberadas de las Españas, allá, en el otro lado de la mar océana. Emulos, como en los azares descubridores de 1492, centenares de españoles, millares de hombres eminentes, de aguerridos soldados, de sabios, de artesanos, de pueblo hijo o fraterno, humilde y llano, como el cronista, consiguió postrarse sobre las arenas de las playas ultramarinas, dando las gracias por el feliz final de una navegación incierta y bien

dispuesta a emprender de nuevo, esto que llamamos vida.

Para mí, no hay duda. Nada mejor puede legar un padre a su Patria, que por ser heroica siempre es Madre, que el Hijo-Genio, que entregó a su país.

XI. ANCHA Y CALIDA SU MANO

—Cuando en casa empezaron a tomar en serio mi decisión de ser pintor, y solamente pintor —cuenta el hijo de mi biografiado—, mi padre me llevó ante don Lucas Pérez Morales, profesor de dibujo del Instituto de León, hombre de malísimo talante, pero dominador del oficio y con claro discernimiento para cuestiones de arte. Pese a su carácter, y tal vez por ese sentimiento paternal que suele acometer a los hombres frustrados, que les incita a intentar en algunos de sus discípulos el éxito que ellos nunca consiguieron, el buen profesor me tomó bajo su protección profesional y no escatimó esfuerzos ni mantuvo secretos para mí.

Coincidía en aquellas clases, por tantos conceptos memorables y hasta quién sabe si decisivos para mí, con dos compañeros con los que todavía me une gran afecto: Carlos Roa Rico y Cándido Inchaurbe; el primero derivó hacia la ingeniería, en cuya profesión alcanzó renombre internacional, llegando a ser director de la RENFE; y el segundo, tirando de sus conocimientos de pintura, y de su gran sensibilidad, consiguió un gran prestigio como decorador, no sin que antes ejerciera de pintor-pintor, que era para lo que realmente se sentía llamado. A los dos años de clases con don Lucas, éste llamó a capítulo a mi padre y le dijo: «Ya no tengo nada más que enseñar al chico»... Y puede decirse que allí mismo comenzó la historia, o con frase más enteriza, «allí comenzó Cristo a padecer tormentos»... Porque, ¿qué hacía la familia conmigo? Tenía diecisiete años y no sabía hacer otra cosa que pintar. Ni quería hacer nada distinto. Todavía no estoy convencido de que la decisión inmediata de mi padre obedeciera a un sentimiento con mis inclinaciones. Posiblemente se trataba de ponerme a prueba. Mi padre tenía ideas muy liberales en relación con el comportamiento de los padres con los hijos y sobre los métodos pedagógicos que mejor conviene aplicar en cada caso: ni lo que letra con sangre entra—mé-

todo, por otra parte, que todavía predominaba en la formación de los españoles y de ahí, pienso yo, nuestra inclinación a imponer las ideas a palos—ni tampoco lo de la libertad de la burra del guarda. No debe olvidarse que mi padre era veterinario y castellano. Me dijo, sobre poco más o menos: «Hijo, tienes mucha vida por delante; puedes permitirte el lujo de gastar una poca. Vas a ir a Madrid y allí podrás comprobar los muchos buenos pintores que hay en España y la crueldad de su lucha para no morirse de hambre...»

—La prueba más dura y necesaria—continúa el pintor sus recuerdos biográficos—, porque en Madrid sostuve, contra cualquier ráfaga de desaliento, mi entera voluntad de pintor, confirmándome en la permanente escuela de museos y galerías. Y cuando regresé de nuevo a León, la suerte estaba echada: «¡Seré pintor!»—afirmé—. «Tú lo has dicho»—respondió mi padre con espartana concisión—. Y agotado el cupo de ocio que me quedaba, cogido de su mano ancha y cálida, volví sobre mis últimos pasos hacia Madrid, que se me antojaba posible alcanzar la redención... Conocía mi padre a don Manuel Bartolomé Cossío por cuestiones y contactos de índole profesional y hasta él me llevó, en la Institución Libre de Enseñanza. Después de escuchar el motivo de nuestra embajada, don Manuel Bartolomé, con aquella su profunda y humanísima bondad, apenas sin palabras, me recomendó un profesor que me enseñara el oficio «sin meterse en más», y por ese camino memorable llegué hasta don José Ramón Zaragoza, del que fui aprendiz ávido y agradecido. Pero aquella primera visita a don Manuel Bartolomé dejaría en mí huella imborrable, que fue ahondándose después en sucesivas entrevistas, que se prolongaban en su dormitorio horas y horas. Sus lecciones tenían la ternura del consejo del padre que ayuda al hijo, todavía torpe a dar los primeros pasos y a pronunciar las primeras palabras. Colocaba, por ejemplo, tres pinturas en el suelo y preguntaba: «Dicen que las tres corresponden al Greco, y yo entiendo que dos de ellas son falsas. ¿cuál es la verdadera?» Y cuando advertía mi equivocación, comenzaba el aleccionamiento, sin empaque, como si dialogara consigo mismo. «No, no; porque el Greco jamás ponía los dedos de tal manera...» «Dibuja, dibuja cuanto puedas, dibuja, realiza apuntes, teniendo como modelos a los niños en los parques y a las fieras en El Retiro...» Y yo recordaba lo de Ingrès: «Voy a establecer una

academia de dibujo y en la puerta pondré el siguiente rótulo: «Academia de pintura»... Don Manuel Bartolomé, tan sabio, tan penetrante, tan fundamentalmente bueno, tenía una gran preocupación por la pintura mural, acaso obtenida como consecuencia de sus contactos con la pintura del Greco y poseía, además, una especie de milagrosa clarividencia para la obra artística: lo que yo llamaba intuición de la gracia. Me maravillaba y en su deslumbramiento estoy todavía sumido. De cuando en cuando, conseguíamos arrancarle de su ensimismamiento madrileño y lo llevábamos a recorrer tierras leonesas y burgalesas. Mi padre nos acompañaba y algunos amigos míos se unían al cortejo... Andar, pisar España con Manuel Bartolomé Cossío, es una experiencia, una lección que a pocos les estuvo reservada. Sus opiniones, sus razonamientos, su vasta sabiduría transferida como un regalo hizo de mí el hombre que puedo ser por dentro, que es la forma más cabal y más duradera de ser hombre.

La enumeración de los hechos se apresura ahora. Es que estamos en un tiempo histórico de confluencias y de contradicciones, de acción y de reacción. España, empinada sobre su propia realidad, se empeñaba en vislumbrar el futuro.

Se consumía a fuego lento, la dictadura de don Miguel Primo de Rivera, y, entre convulsiones de parto prematuro, nacía bulliciosamente la Segunda República.

Una generación—la del pintor, la de veinte millones de españoles—, la más dramática de toda la Historia española, la que había abierto los ojos en la sombría convulsión de la huelga revolucionaria del 17, y había conocido la congoja del desastre de Annual, y la acomodación política de la Dictadura y el período conspirativo para la preparación republicana del país, y la proclamación de la República, y la revolución del año 34 y, finalmente, la confrontación de la guerra civil, una generación a la que podía perfectamente serle aplicado el hondísimo lamento de César Vallejo: («He sufrido, luego tengo derecho a la queja y a la esperanza»), o al premonitorio epitafio machadiano:

*Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios,
entre una España que duerme
y otra España que bosteza,
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

*Una generación sin paz:
(que aunque vivida no es vida,
vida que no vive en paz), se disponía
a morir sin pan y sin gracia.*

Así, de esta manera tan poética como elocuente cierra Victoriano Crémér, en mi recuerdo, este admirable capítulo.

XII. EL LEGADO DE NICOSTRATO

La parte principal del legado que nos dejó don Nicostrato Vela a los españoles fue su hijo Pepe.

Para evaluar la cuantía de este legado habría que comenzar por valorar el hombre. Muy joven aún, apenas cumplidos los veintiocho años, se radicó en la República Dominicana (1940). Lo cuenta él mismo:

«Acababa de poner pie sobre tierra americana. Tenía la obligación de ser un hombre y demostrarlo a mí mismo triunfando. América no es tierra fácil que se entregue como una mujer caprichosa, al primero que la halaga. América, pese a la idea falsa sobre su facundia superficial, es un país con hondura, con raigambre, que exige buena semilla y amor para otorgar el bíblico ciento por uno de cosecha. Los nombres del muralismo mexicano, los Orozco, los Siqueiros, los Rivera anulan de antemano cualquier intento de frivolidad o de «estampismo» y allí estaban los Portinari, los Guayasamin y tantos otros para impedir «pendejadas.»

Nuestro pintor entrañable lo cuenta arrancándose la verdad de su alma todavía sangrando, muy serio el rostro...

«Yo estudié una representación de la Sagrada Cena, suprimiendo símbolos o sugerencias místicas. Pensé que, evidentemente, dado el carácter humanísimo del Dios encarnado en el Cristo Hijo del Hombre, la cena con los suyos, la última cena con los pocos amigos fieles que le quedaban, ya previsto el trágico final por la traición de Judas, había de ser una reunión triste y, naturalmente, entre hombres que han aceptado una misión de rescate del Hombre acusado; y saltando por encima o por debajo del tiránico convencionalismo leonardesco, coloqué en torno del Jesús, pre-muerto, apóstoles arrancados del friso campesino de Milagros o de León, hombres del agro, agrietados,

duros, solemnes, pero sin ninguna signatura mística, sin cálices, sin formas consagradas, con pan y con vino, como tuvo que ser, partido el pan a retortijones y bebido el vino en barros severos.»



«Era el español que otra vez venía a redimir al indígena de sus idolatrías. Tal vez se tomara la obra como un gesto desafiante. Juro que, por el contrario, significaba una acción de humildad y de ansia de acertar. No fue así. La comunidad de los fieles santurceños se sublevó y poco faltó para que el ya calificado herético mural diera origen a una verdadera asonada medieval! Y ello a pesar de la esforzada defensa que sobre la ortodoxia de mi interpretación hiciera un dominico eminente, el Padre Berstein, al que acompañó en la pelea, con no menos entusiasmo, un sacerdote entonces, de apellido Horjadas, que iba para obispo de Ponce. No hubo apelación ni ante la Santa Sede, y el mural primero cubierto cuidadosamente, para evitar contaminaciones. Y después, borrado definitivamente.»

«El pintor, de pronto, se ha quedado silencioso y preocupado. El pintor, al menos lo parece, es un ser que en ocasiones se mueve; procede, como por deslumbramientos interiores, como Pablo ante los muros de Damasco, como Juana de Arco ante las voces interiores de Santa Catalina. El pintor no va para santo, pero lo parece.»

Así se lo ha contado el pintor a Crémér y así nos lo ha contado a nosotros Crémér: Y, «tal vez, ahora mismo, mientras el perro negro, de ojos de lumbre, *¡Tizón!*, viene a ponerse bajo la mano reposada, esté pensando en la singular—y por qué

no?—sospechosa y aprensiva circunstancia, ya repetida, de que sus primeros murales acaben siempre condenados a la piqueta. Y acaso, mientras pone sobre la boca, sumida por el fragor de la barba y del bigote, la pipa apagada, recuerde las figuras acuchilladas de “El Bodegón”, o de la Casa del Pueblo, o de la Residencia de San Isidro. Y estas de la Sagrada Cena de Santurce, de Puerto Rico. Y se le dibuja en el rostro una sonrisa llena de comprensión hacia la incomprendión.» Y continúa, ya en un tono más anecdótico que histórico:

«No puede, pues, decirse que mi primer trabajo serio en América resultara ni fácil ni prometedor. La culpa de un resultado tan poco en consonancia con mis aspiraciones pudo deberse a mis propias urgencias. El encargo se me había hecho por mediación de Elsa Fano, que fue secretaria particular de Gabriela Mistral. No podía defraudar a tan generosos valedores y quise hacer una hombrada. Por otra parte, el plazo de permanencia en el país se me agotaba. Pintaba catorce horas diarias en un estado delirante. Cuando terminé fue cubierto el mural en espera de su develación oficial y solemne. Pero estaba escrito que las cosas no sucedieran como estaban previstas y en una misa dominical, con el templo lleno de fieles, el telón que cubría la pintura cayó al suelo, entre el asombro de todos. Una señora, en el paroxismo de la indignación, gritó: “¡Esta no es la Santa Cena que yo he visto en Milán!” Y allí fue Troya. Allí mis desventuras, que no mi atrevimiento—podría decir—, parodiando a nuestro señor Don Quijote, llevaron mis alcanzadas glorias.»

Ni siquiera cuando es requerido por viejos y caros amigos para dar noticia de sí mismo, rompe el pintor trasterrado las normas de conducta que se ha impuesto. Ya nunca, jamás, intentará reconstruir aquel capítulo de su crónica personal que abarca los cinco años más dramáticos de su vida (1936-1940), los cinco años decisivos que spenglerianamente habían de conformar el hombre que hoy es, casi un cuarto de siglo después. Desde Salvaleón de Higuey, en la República Dominicana, escribe a su gran amigo Gimbernard, en 1.º de febrero de 1961:

«Caro y viejo amigo: Usted me pidió para su revista un material. Ciertamente yo no ando (perdone la pedantería) con álbumes de recortes y fotografías... Después, en mi conciencia, fue trabajando el recuerdo, la memoria de los años duros, de la angustia por el pan de cada día, cuando us-

ted me veía en el estudio cedido por el querido Ortega Frier. Poco a poco, pese al atareo de estos días, reconocí que algo, algo de mi buena intención, tenía que darle a usted, el viejo amigo que me animó y defendió siempre... Llegué al país desde Florencia, para hacer los murales de la Basílica de la Altagracia. Llegué con el firme propósito de hacer esta obra sin ruido y sin propaganda. Es la obra de mi madurez y la que dejo para el juicio en que mi carácter, en lo personal, no influya sobre la crítica a la obra de arte... Creo que en este desastre del mundo actual, de bloques en guerra, en vez de matiz de espíritu, uno no dimite del «Partido del Género Humano», gracias a unos pocos seres raros esparcidos por el mundo y que nos brindan su afecto y su lealtad... Yo era, indiscutiblemente, el menos formado técnicamente de aquella gran masa de artistas exiliados que llegó al país en 1940. Españoles, judíos, austriacos, etc. Hoy resulta imposible recordar tanto nombre genial en aquel círculo vicioso de auto-hombres... Pero el Arte es una carrera de resistencia y en el camino que va de 1941 a 1961 encontré muchas cenizas. Algunos de mis más empecinados detractores—a los que tanto debo—aún se obstinan en repetir el estribillo de que mi obra mural de aquí es el producto del favor o del truco. Yo quisiera recordarles que toda mi obra dominicana, aparte la pasión que en ellas puse, está refrendada por la que realicé en México, en Nueva York, en Puerto Rico, en Colombia, en Chile, en la Argentina, en Ginebra, en Italia. Y por mi lucha a cuerpo limpio en España, mi patria, a la que regresé hace un año, alta la cabeza y el corazón en marcha, después de veinte años de exilio...»

Este es el más preciado legado de cuantos pudo dejarnos mi colega Nicostrato Vela aquel día triste, pero sin lágrimas, en que Nicos se quedó a vivir hasta mi último latido dentro de mi corazón y de mi alma.

No, el hijo de Nicostrato Vela, el legado que dejó a la Patria querida y bendecida el labrador de Milagros e ilustre veterinario, es todo un genio y se encuentra ya en León de regreso de las Españas. En aquéllas, como aquí; con su madre al lado; con María Zanetti; la esposa de Nicostrato Vela. Así, con sus dos apellidos; Vela Zanetti; con la misma sangre; con todo el poderoso caudal genético con que veinte años atrás atravesó sin otros bagajes la mar océana, se en-

cuentra ya en España. No ha cambiado ni en un ápice. La única diferencia es que de aquí se fue casi desnudo y ahora viene cargado con unos andamios tremendos que le permiten subirse hasta las nubes para acariciar las cúpulas de las iglesias con sus pinceles, de ángeles, y que ahora no son prestados, son bien suyos.

¡Miradlo!... ¿No lo véis? ¡Buscadlo! Está en el templo de Jesús Divino Obrero ante la inmensa pared frontal; montado ahora sobre una endemoniada red de tubos y tablones, a unos cuarenta metros del suelo; otras veces colgado para llegar con su pincel, lumboflexa la cintura y toda su humanidad; y extendido el brazo, para marcar la grieta donde San Pedro colocó la enorme piedra sobre la que Jesús Obrero le ordenó fundar su Iglesia.

—Cuando, con Eduardo Gallego contemplé por primera vez este mural, yo que he tenido la fortuna de contemplar también el maravilloso mural neoyorquino en el Salón de las Naciones Unidas, una intuición me llevó a contar, ahora, aquí, con el Divino Obrero arriba y San Pedro agachado ajustando las bases de la iglesia, un total de ocho constructores, mientras allá, en la ONU, en la parte central del panel, si no recuerdo mal, sólo conté cinco; tal vez un obrero por cada continente, en un esfuerzo titánico, como el del pintor, por construir un mundo nuevo en el que reine la Paz.

Entre aquel viejo mundo del mural de León y el Nuevo Mundo de allá, el neoyorquino, apenas ha transcurrido un cuarto de siglo; entre las fechas en que vivieron los trabajadores representados en el mural de la ONU y éstas en que nuestro pintor y nosotros sus amigos y comentaristas hemos vivido, han transcurrido casi veinte siglos. Por cada año de aquéllos los de las Naciones Unidas, con su paz a cuestas, un siglo de distancia sobre el divino obrero y sus camaradas; casi dos mil años en tarea comunitaria han transcurrido y a punto de hundirse está la fe en el engaño más profundo... Porque, ¿dónde está la Paz?

En una íntima conversación con Crémmer, su amigo entrañable, el pintor, posando su diestra sobre la pared, pasándola por sus cales, por sus piedras descubiertas, por sus ladrillos desnudos, como si se complaciera al comprobar que están vivos, le dice: «Escúchame, Victoriano: He obligado a que se prescinda de toda adul-

teración; le basta para ser bella el suave contraste de sus colores puros: la piedra, el ladrillo, la tierra, el hierro. ¿Qué mano puede imitarles, reseñarles, reproducirles? ¿Te acuerdas de lo de Juan-Ramón y el soneto y la rosa...? Cuando yo estuve con él en Puerto Rico...» «No lo toquéis ya más, que así es la rosa...» Los pintores somos unos depredadores...»

XIII. LOS COMENTARISTAS

Debo a los comentaristas de Vela Zanetti otras gratísimas informaciones que confirman la calificación de «genio» al legado de Nicostrato, su padre.

Allá en España, en La Robla hay una muy eficiente Escuela de Formación Profesional. Esa Escuela tiene una capilla sencillita, pero muy linda y acomodada. En la pared desnuda y blanca que respalda el altar bendito, Pepe Vela Zanetti ha puesto de pie un mural de exquisitas proporciones. Naturalmente en ese mural, la paz es maravillosa e integral, porque todos son santos, pero eso sí, santos hombres u hombres que por la gracia de Dios se hicieron santos. Los motivos fundamentales: la Coronación de la Santísima Virgen y la Adoración de los Santos Apóstoles (los doce rostros más hermosos, por hombres de todo el apostolado) a la Virgen Madre del Hijo de Dios, con su niño en brazos.

Lo que deseaba destacar ante este mural, que corresponde a día lejano es el comentario, por no decir descubrimiento de Campoy, refiriéndose al trabajo de Vela Zanetti: «El pintor ha mirado un día cualquiera de su tierra leonesa y la ha pintado; y *he aquí que al pintor un día cualquiera del campo y de sus criaturas ha elevado la anécdota rural a categoría estética...*»

«El Arte representa el mundo circundante natural del hombre en sus relaciones naturales con él», ha escrito de una vez y para siempre Georg Lukács. «El hombre y su mundo se hermanan.»

Y es a Victoriano Crémer, quien ha sabido como nadie, hacerle hablar, o pensar en alto, que es mucho mejor que responder a preguntas estereotipadas, a quien debemos el haberlos enterado la gran amistad del pintor con Gerardo Arribas, el veterinario de «La Ventosilla», la heredad del duque de Lerma, a quien encontramos en otro mural, como virrey, por delegación sobera-

na de Joaquín Velasco. Gerardo, así, con perfil de comunero o de alguno de aquellos que cabalaron junto al Campeador, cuando salió desterrado de su tierra, después de lo de la Jura de Santa Gadea.

¿Qué habrá sido de mi colega Gerardo Arribas... coetáneo de Vela Zanetti, en sus años mozos y..., ¡qué cosas!, vengo a saber ahora que fue allá, en aquellos años 30 en el comienzo de la década «complemento de mi infancia»—lo cuenta Vela Zanetti—, ayudador mío cuando pintaba los primeros murales de mi vida en una taberna leonesa, que se llamaba «El Bodegón», metido en el corazón de una callejita misteriosa, recoleta, que va a desembocar en la plaza de donde se erige San Isidoro...

También yo me lo pregunto. ¿Qué habrá sido de mi colega y entrañable amigo, Gerardo Arribas, el veterinario de aquella hermosa hacienda «La Ventosilla»?... Fue otro magnífico ejemplo de las juventudes veterinarias progresivas.

EPILOGO

«La Casona» de Milagros vive hoy en silencio. Allí está María Zanetti, la esposa de Nicostrato Vela... *de Nicóstrato*, como ella lo llamó desde el primer día cuando eran novios... Allí está, allí vive también el hijo mayor de María y Nicostrato, el único que le queda de los siete que trajo al mundo. Ya lo conoce todo el mundo... se llama José y ha cumplido los sesenta años. Es el pintor Vela Zanetti; el protagonista del libro de Victoriano Crémer. Eso es todo lo que queda de Nicostrato Vela. Lo proclama con sufrimiento, pero erguido, el pintor Vela Zanetti, el legado más hermoso del padre, que murió en León hace treinta y ocho años.

«Milagros es para mí el sagrado de los orígenes—contestará el pintor en las indagaciones— los recuerdos sin sufrimiento. Cuando un hombre regresa de algo procura insertarse en lo más antiguo, en lo más lejano, allí donde se funden los primeros atisbos de la realidad con el misterio de las raíces.»

Y he aquí datos para mí particularmente preciosos: «Nosotros fuimos siete hermanos. No puedo impedir que, salvo la presencia dolorosa de mi recuerdo de Angel y de Eva, arrancados en la desolación del exilio, los demás solamente sean

sombras. Ya solamente quedamos de aquel apretado haz familiar, mi madre y yo. Es ella un prodigo de vitalidad. La he llevado pegada a mi corazón y a la luz mía de cada día por todo el mundo. Ahora duerme—¡qué conmovedora regresión a los principios!—en la misma habitación en que yo nací. Vive todo el año a mi lado y esa presencia suya, silenciosa, tuteladora, me acompaña, me anima, me nace de nuevo...»

Esta parrafada sin respiro trae a mi recuerdo cómo la vi yo en mi visita a Milagros en el pasado mes de junio...

«Por la puerta que da al gran patio central ha surgido la figura de María. Se apoya en un bastoncillo y el cuerpo frágil anuncia años y años de vida bien sufrida. Tiene ojos claros y dulce mirar. Los de siempre. La voz es tenue y afectuosa. Cuando sonríe el rostro se le ilumina. Si le habláis del hijo responderá brevemente pero con enternecimiento: «Este Pepe... Este Vela». Amonesta a los perros que forman la guardia pretoriana del pintor y llenan sus silencios de ladridos: «Este Tizón»!... Pero si no hace nada.»

He leído, por cuatro veces, acaso más, el *Libro del Pintor Vela Zanetti*, el libro que ha escrito Victoriano Crémer. Lo he leído desde el principio hasta el final, y he meditado mucho, porque es mucho lo que me dice. También he meditado largos ratos frente a la obra del hijo genial de Nicostrato, porque para lo íntimo de mi conciencia, éste es el legado más hermoso que Nicos podía dejar a España como herencia.

He mirado muchos de los murales que en el mundo ha pintado este hombre singular. Y los he mirado a fondo, para que me llegaran al corazón de mi alma, con afanes de descubrir entre las figuras de su obra magníficiente el perfil de la imagen o la luz del alma de sus progenitores... y no me he atrevido a preguntarle, ni tan siquiera a Crémer, que se lo sabe todo, ¿no conserva Pepe entre sus cuadros, los suyos, los por él engendrados para él con íntimo recato, los retratos de sus padres?... *Parece que no*. Con cuánto placer contemplaría yo, con unción religiosa y en silencio sin el menor comentario, cómo el pincel de Vela, que es su más poderoso instrumento para decir la verdad, podría reproducir la faz de su madre, o el pálpito entero de quien no quiso ser ingeniero militar, cuando apenas había cumplido los diez años y lo llevó el destino, porque se lo imponía su vocación telúrica, ni más ni menos que

a ser veterinario, cuando acababa de cumplir sus veintiséis años. ¡Veterinario! Ingeniero militar no... pero fue de hecho ingeniero de la Biología Animal.

He buscado entre los rostros de los hombres de los murales de su hijo, para ver si mi buena estrella que siempre me acompaña, me permitía encontrar el de su padre...

—Parece ser que no—me dice Crémer...

El pincel de Vela Zanetti que se ha pasado años y años presentando en sus murales las semblanzas de sus gentes, de los santos, de los apóstoles, de los guerreros, de los campesinos y labriegos, de los obreros de las fábricas, de los pastores y leñadores de su tierra, de la vida en los monasterios y ha puesto, irreverente, a hablar a los cartujos y hasta nos ha mostrado a Jesús, Divino Obrero, trabajando... cómo el pintor de la verdad no ha pintado a su madre, a esta madre tremenda, «sencilla, clara, silenciosa y con tanto dolor dentro...» Ni tampoco ha pintado a la esposa, su Esperanza, «tan sensible, tan transparente, o mejor tan iluminada por dentro». Ni a su hijo José, «tan vivaz, decidido, terminante»; ni a María, su hija, «tan plena de gracia y tan en el filo de la suprema inteligencia». Se me dirá: olvidaste que Vela Zanetti es pintor de hombre, que últimamente hasta se ha pintado a sí mismo en un prodigioso retrato que puede muy bien figurar entre los mejores de la copiosa y prodigiosa monografía del género...

—No, no lo he olvidado ni podré olvidarlo jamás, ya que hasta me ha parecido antes encontrarlo en uno de los rostros esforzados del maravilloso fragmento del mural de Los Monasterios. ¿Q no es él San Pedro?... Yo diría que sí... no le faltan más que las llaves...

Ahora, gracias, muchísimas gracias, a cuantos con sus informaciones han hecho posible que Nicostrato Vela Esteban ocupe el lugar que por derecho le corresponde en *Semblanzas Veterinarias Españolas*. En primer lugar, a Victoriano Crémer, a Miguel Cordero del Campillo, a Miguel Sáenz de Pipaón y González de Sampedro, a Eduardo Gallego García, jefe del Departamento de Histología, Anatomía Patológica e Histopatología de la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid, así como a los profesores adjuntos a esa Cátedra en ese Departamento.

Es en ella donde se está utilizando todos los años, como material de enseñanza, la colección de diapositivas, hechas por el doctor Abelardo Gallego García, en el Laboratorio organizado por Nicostrato Vela en el Matadero de León, en la cual se presentan en colores las lesiones anatopatológicas aparecidas en las reses decomisadas por el Servicio de Inspección Veterinaria de dicho Centro, así como también las preparaciones histopatológicas correspondientes a dichas lesiones.

Confío mucho en la promesa que en octubre de este año me hiciera Eduardo de entregarnos copia de algunas de ellas para incorporarlas iconográficamente a esta *Semblanza*, con lo cual se ofrecería a nuestros lectores una demostración gráfica elocuentísima de la importancia que la Histopatología tiene, como base fundamental imprescindible para el diagnóstico de aquellas lesiones que descubre la Inspección Veterinaria en los Mataderos, utilísima además en la investigación científica y en la enseñanza de nuestras Facultades.

Wilhelm Schutz (1838-1920) vio en la introducción de la Anatomía Patológica, en la actividad diaria de los veterinarios, el avance más seguro que haya hecho nunca la Veterinaria.

El capítulo IX de esta *Semblanza* a la memoria de Nicostrato Vela, a quien presentamos como paradigma del moderno inspector veterinario municipal en España, incluye bajo el título: «La Histopatología y el Matadero» la lección magistral de nuestro inolvidable maestro Abelardo Gallego Canel, hoy tan vigente como hace cuarenta y cinco años en que la pronunció en el I Congreso Veterinario de Barcelona.

Caracas, 30 de diciembre de 1974

A MODO DE EPILOGO

Las fotografías que ilustran esta *Semblanza* fueron proporcionadas por su hijo, el pintor J. Vela Zanetti, quien acompaña sus ilustraciones con este texto, que reproducimos íntegro:

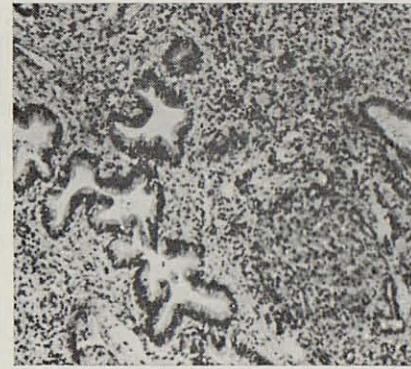
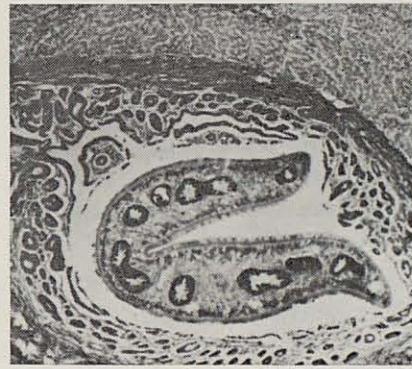
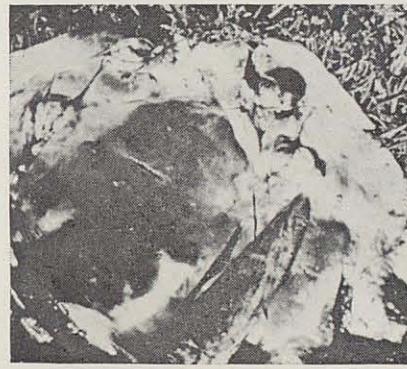
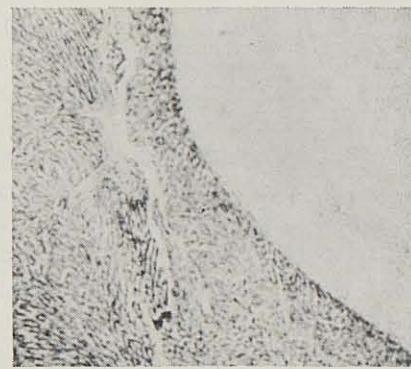
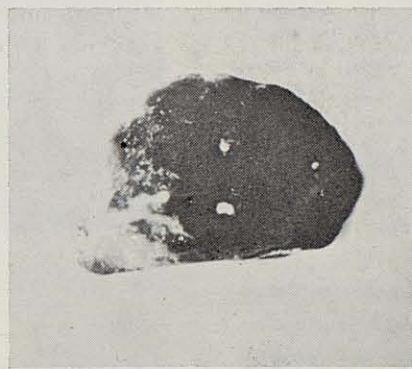
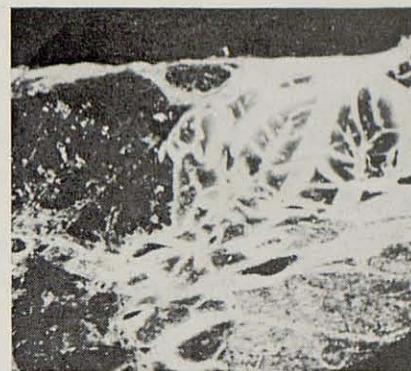
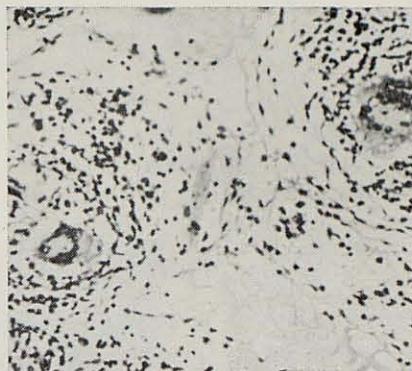
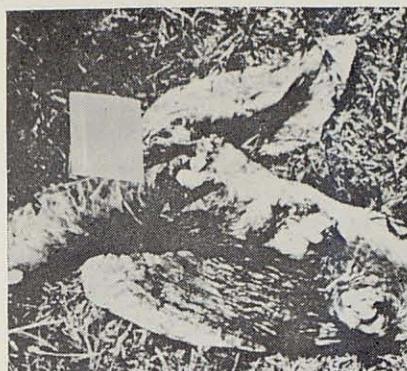
«Mi buen amigo: Ahí te envío las fotos. Cuídame la de mi padre, no tengo otra.

Me gustaría que, de alguna manera, incluso como visión del hijo, se publicara que era un modesto humanista, lleno de respeto por la vida y las ideas de los demás. Recuerdo que, en la plena faena agostera del Monte de San Isidro, en que todos los días cuentan, los domingos paraba el trabajo y daba dos horas de descanso para que los obreros fueran a misa a Carbajal de la Legua. Mi padre fue detenido el día de Santiago, en el Monte de San Isidro. Dispuso de días y de coche, para tomar la carretera de Asturias y salvarse, pero la propia conciencia de su inocencia le perdió.

De todos modos, gracias por el esfuerzo de una reparación moral, en nombre mío y en el de mi madre. Alguien no dormirá tranquilo, cuando lea esas semblanzas, que generosamente y valientemente comenzasteis a publicar hace años.»

Un sincero abrazo.

La carta lleva fecha 20 de enero de 1977, en Milagros (Burgos), donde trabaja el artista.



1. Pulmón de bovino con tuberculosis pulmonar crónica aislada.
2. Microfotografía de una zona de pulmón tuberculoso con folículos de Köster.
3. Sección de pulmón peripneumónico.
4. Microfotografía de una zona con organización perivasicular en pulmón peripneumónico.
5. Hidatidosis hepática; quiste hidatídico en regresión (comprobado histopatológicamente).
6. Conducto biliar intrahepático, con larva de fasciola.
7. Hígado con fasciolosis. Perangiocolitis fibrosa.
8. Perangiocolitis con hiperplasia glandular y ductal.